

PRINCIPIOS

REVISTA TEORICA Y POLITICA

3.ª EPOCA

ABRIL Y MAYO DE 1952

N.º 10

UN PRIMERO DE MAYO DE UNIDAD Y LUCHA DE LA CLASE OBRERA

Son ya sesenta y dos veces que la clase obrera y los trabajadores de todo el mundo conmemoran el Primero de Mayo, jornada de la fraternidad de los obreros de todos los países en lucha contra el capitalismo, por su emancipación, por la paz, la democracia y el socialismo. ¡Qué colosales cambios se han operado durante estos sesenta y dos años en la correlación de las fuerzas de clase en la arena internacional!

Hace 62 años, cuando los obreros realizaban en las calles las primeras manifestaciones de solidaridad internacional del proletariado, muchos creían aun en la solidez del régimen capitalista, en su existencia eterna. Pero el capitalismo era ya entonces un sistema decrepito y pasaba a su última fase, el imperialismo, que ha traído al mundo la esclavitud de la mayoría de los pueblos del globo terrestre por un puñado de estados imperialistas, y un aumento inaudito de la explotación y la miseria de los trabajadores.

La victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que escindió el mundo en dos campos opuestos, dió comienzo a la crisis general del capitalismo y condicionó y aceleró la inevitabilidad de la cercana desaparición de ese sistema social.

El curso posterior de la historia ha ido poniendo cada vez más al descubierto la podredumbre del imperialismo. Pese a los febriles esfuerzos que hacen los magnates del capital y sus lacayos y sirvientes,

nada puede ya ayudarle. Ni la psicosis bélica, desmesuradamente avivada, ni la desesperada carrera armamentista, ni las agresiones criminales —como la de Corea—, ni la infame campaña de calumnias y provocaciones contra el campo del socialismo y de la democracia popular, ni el desenfreno del terror fascista pueden evitar la muerte ineluctable del capitalismo, porque los trabajadores luchan cada vez más resueltamente por su emancipación.

En el día de la revista de combate de sus fuerzas —el Primero de Mayo—, los trabajadores de todos los países harán el balance de la lucha contra el imperialismo. Las grandes ideas de los fundadores y jefes del movimiento comunista mundial, Marx, Engels, Lenin y Stalin, se están llevando victoriosamente a la práctica en un inmenso territorio, poblado por más de 800 millones de seres humanos, que se extiende desde el Elba hasta el Océano Pacífico. Los imperialistas miran con creciente alarma el mapa —que se reduce sin cesar— de sus dominios, intentando en vano cerrar el camino al movimiento liberador de los pueblos. El viejo mundo, el mundo de la explotación del hombre por el hombre, el mundo de la violencia, de la opresión y de las guerras devastadoras, sucumbe. ¡Vence el mundo nuevo, el mundo del trabajo emancipado, del socialismo, de la democracia y de la paz!

Por mucho que se enfurezcan los señores imperialistas, no pueden impedir que se difundan más y más entre los pueblos de todos los países las inspiradoras ideas del comunismo y que aumenten las simpatías y el amor ardiente a la Unión Soviética.



¡Proletarios de todos los países, UNIOS!

seguro baluarte de la paz y fortaleza del movimiento de liberación de los trabajadores.

En este Primero de Mayo los trabajadores mirarán, ante todo, hacia la grande y gloriosa Unión Soviética, donde no hay crisis ni desocupados, donde se acaba de producir la quinta rebaja de precios después de la guerra, donde no hay clases ni pueblos oprimidos, donde el hombre se ha lanzado a la conquista de la naturaleza, transformando en fértiles praderas inmensas extensiones de tierras áridas que el pie del hombre no había pisado desde hace miles de años.

En este Primero de Mayo, los trabajadores mirarán, también, hacia la nueva China, donde, bajo la dirección del Partido Comunista, 475 millones de seres humanos se han liberado de la violencia y el saqueo imperialista, han puesto fin al reinado de los mandarines feudales y forjan el progreso de su país, en marcha hacia el socialismo. Con la liberación de China se ha derrumbado el sistema colonial del imperialismo. La guerra de liberación nacional del heroico pueblo del Viet-Nam se desarrolla victoriosamente; crece el movimiento liberador en Malaca, Birmania, Egipto, Siria y otros países del Oriente.

Los imperialistas no pueden ya mantener sometidos a los países coloniales y dependientes, ni detener la poderosa y creciente ola de la lucha de liberación nacional de estos pueblos, que se han erigido en toda su gigantesca talla bajo la potente influencia de la política nacional leninista-stalinista y de los progresos del país del socialismo y de la revolución popular china.

En este Primero de Mayo los trabajadores saldrán los formidables avances de los países de democracia popular, que, gracias a la ayuda multilateral de la Unión Soviética, después de restaurar sus economías en un brevísimo plazo, han comenzado a echar con eficacia las bases del socialismo en la ciudad y en el campo, a elevar el nivel de vida de sus pueblos y a realizar la revolución cultural.

Actualmente, para muchos millones de trabajadores de los países capitalistas y coloniales, son claras la significación internacional de la experiencia de la clase obrera de la Unión Soviética y la efectividad del "modelo ruso" para todos los pueblos. Si el socialismo ha encontrado en las orillas del Vístula y del Danubio un terreno tan abonado como en las riberas del Volga y del Dnieper, es completamente claro que, tarde o temprano, hallará un campo tan propicio en las orillas del Sena y del Tíbet, del Támesis y del Ganges, como también en las orillas de todos los demás ríos.

En este Primero de Mayo, los trabajadores del mundo entero expresarán su activa solidaridad con los pueblos de Francia, Italia, España, Grecia, Japón, Yugoslavia, Estados Unidos y demás países que gi-

men bajo el yugo de los monopolios imperialistas. En estos países, los trabajadores luchan firmemente por sus derechos en las duras condiciones implantadas por regímenes policíacos y de terror fascista.

En este Primero de Mayo, los trabajadores de América Latina reforzarán sus filas, su espíritu solidario y su decisión de encabezar las luchas de sus pueblos por su liberación nacional y social, contra la explotación imperialista, los pactos militares, económicos y políticos que nos atan al carro bélico de nuestros opresores y contra las oligarquías terratenientes y demás lacayos de los reyes del dólar.

En este Primero de Mayo, los trabajadores de nuestros países consolidarán sus organizaciones de clase y desarrollarán su unidad y sus combates, por sus reivindicaciones más sentidas; coordinarán sus luchas por un reajuste general de salarios y sueldos, por el sistema de escala móvil para nivelar periódicamente todas las remuneraciones en relación al costo de la vida, por la derogación de la ley de defensa de la democracia y demás leyes represivas, por la inmediata libertad de todos los presos y relegados políticos y por los demás puntos en que ya se haya logrado uniformidad de pensamiento entre los distintos sectores que componen el movimiento de los obreros y empleados.

En este Primero de Mayo, los trabajadores chilenos, a través de la lucha por sus reivindicaciones, por la nacionalización del cobre, por el rescate de nuestras riquezas, por la reforma agraria, por la industrialización del país y demás objetivos centrales que animan a todas las fuerzas patrióticas, darán un nuevo paso en el camino de hacer del proletariado la fuerza fundamental que coordine e impulse la lucha de todos los sectores progresistas por la liberación nacional y social de nuestro pueblo.

Desde que el movimiento obrero dió sus primeros pasos en nuestro país, allá por las últimas décadas del siglo pasado, las clases dominantes han tratado de liquidarlo usando todos los medios, incluyendo el uso de las armas. Miles y miles de trabajadores han caído luchando en Plaza Colón de Antofagasta, en la Escuela Santa María de Iquique, en Magallanes, San Gregorio, La Coruña, Plaza Bulnes, Avenida Matta, etc. Las puertas de las cárceles, las islas, los campos de concentración se han abierto para los mejores luchadores de la clase obrera. Y los más perseguidos Judas, como Bernardo Ibáñez, han actuado dentro del movimiento obrero, pagados por el imperialismo yanqui, para dividirlo y corromperlo. Pero el movimiento obrero sigue su marcha. A veces, temporalmente, retrocede. Pero luego vuelve a avanzar con más fuerza y empuje que nunca.

Precisamente, en este instante, el movimiento de los trabajadores chilenos está otra vez en ascenso. ¡Impulsémoslo con más fuerza; conduzcámoslo por el camino de la victoria!

El Frente del Pueblo es un sólido movimiento por la liberación nacional y social de Chile

Por GALO GONZALEZ DIAZ

El movimiento antiimperialista y antioligárquico de nuestro pueblo se desarrolla y afianza cada día más por la acción de las grandes masas que sufren miseria y hambre debido a la política criminal realizada por González Videla y su pandilla.

¿En qué ha consistido esa política? Ha consistido en amarrar el país al carro bélico de Wall Street y en hacer concesión tras concesión al imperialismo yanqui y a la oligarquía terrateniente.

Para favorecer la política belicista de los círculos dirigentes de los Estados Unidos, González Videla y su camarilla empezaron por desencadenar la más brutal represión contra el movimiento obrero, por ilegalizar al Partido Comunista —vanguardia del proletariado—, por destruir el régimen democrático mediante la Ley de Defensa de la Democracia, por enajenar nuevas riquezas que eran del patrimonio de todos los chilenos —Sausal, El Romeral, etc.—, por romper relaciones con la gloriosa Unión Soviética, por aislar a Chile respecto al mundo del socialismo y de los regímenes democrático-populares y por entregar nuestras materias primas a los monopolios yanquis a precios irrisorios, como es el caso del cobre, que los imperialistas se llevan de aquí cotizando a 27 y medio centavos de dólar la libra, mientras en el mercado mundial se cotiza a 57 y hasta a 60 centavos de dólar.

Poco a poco, la mayoría del país se ha convencido del carácter ruinoso y antichileno de la política pro yanqui y pro bélica de González Videla, y se ha opuesto resueltamente a ella, rescatando parcialmente las libertades públicas, impidiendo la aprobación del convenio educacional con Estados Unidos, la congelación de sueldos y salarios y otros atentados contra Chile que ha proyectado llevar adelante el gobierno de acuerdo a aquella política.

Sin embargo, el imperialismo yanqui y el gobierno de González Videla acaban de concluir un Pacto Militar, que los chilenos no alcanzamos a impedir que se firmara y que debemos ahora impedir que lo apruebe el Parlamento y se cumpla en los hechos.

Este Pacto Militar es el más grave atentado contra los intereses del país cometidos después de los crímenes contra la Patria que González Videla cometió en 1947 y 1948, al traicionar el programa del 4 de septiembre, romper relaciones con la URSS y dictar la Ley de Defensa de la Democracia.

El texto del Pacto Militar aún no ha sido publicado. Y el gobierno, en una versión oficial, ha querido ocultar la gravedad del Pacto. Pero, por más cuidadosamente que se haya redactado esa versión, no ha podido ocultar el hecho de que, en virtud de ese convenio, los yanquis armarán al país y Chile

se compromete a participar en una tercera guerra del lado de sus opresores, los que nos despojan de nuestro cobre y nuestro salitre, los monopolios de Wall Street.

El asunto es, sin embargo, más grave. En el texto del Pacto o en algún documento secreto anexo a él, hay cláusulas que contemplan la construcción de aeródromos militares en distintos lugares del país, la instalación de bases aéreas y navales en Arica, Tocopilla y otros puntos del litoral, y el artillamiento del Estrecho de Magallanes. Todo esto, a más de representar un atentado a la soberanía nacional y un cercenamiento de hecho de nuestro territorio, tiene una gravedad todavía mayor. Como lo afirmé hace algún tiempo, estas bases militares, instaladas precisamente en las zonas donde están los principales intereses yanquis, están destinadas a ser utilizadas para ahogar en sangre las luchas de los trabajadores chilenos, principalmente de los obreros del cobre y el salitre, so pretexto de asegurar "la contribución de Chile al esfuerzo bélico de EE. UU."

El hecho que este Pacto ya haya sido firmado, no quiere decir que la lucha contra él haya terminado ni que podamos darlo como "oleado y sacramentado". De ninguna manera. La lucha contra este Pacto debe continuar más firme que nunca, siendo urgente que en todas las organizaciones patrióticas de obreros, empleados, profesionales, intelectuales, comerciantes, agricultores, mujeres, jóvenes, etc., se discuta dicho Pacto y se exija su derogación inmediata. Hay que recordar que el convenio educacional Leighton-Bowers fué derogado después de estar firmado, lo que quiere decir que el Pacto Militar, si bien en condiciones más difíciles, puede aún ser desbaratado.

A través de esta lucha contra el Pacto, hay que ir creando la conciencia necesaria y dejando luego bien en claro que el pueblo de Chile desconocerá éste o cualquier otro convenio leonino para los intereses nacionales y que, si llegara el momento, no tomaría las armas para servir a sus verdugos imperialistas.

El hecho de que el imperialismo se haya apresurado a obtener la conclusión de este Pacto antes que termine el mandato presidencial de González Videla —que no estaba facultado para comprometer al país en compromisos tan serios—, no es una demostración de fuerza sino de debilidad. Los imperialistas se dan cuenta de la impopularidad de tal pacto y temieron que bajo el futuro gobierno, debido a la acción del pueblo, un convenio de tal naturaleza no pudiera ser firmado.

La oposición del país a dicho pacto quedó elo-

cuentemente evidenciada durante los dos meses que duró su gestación. A pesar de ocultársele la gravedad que encierra, la clase obrera y el pueblo expresaron, a través de mil conductos, su repudio a todo intento de amarrar al país a los planes bélicos de los imperialistas yanquis. De este sentimiento se tuvieron que hacer eco incluso parlamentarios liberales y conservadores y, en los últimos días, el sector doctrinario del Partido Radical y el Comando Nacional de la candidatura de Ibáñez. Con anterioridad, desde que se anunció el propósito de concluir tal Pacto, el Comando Nacional de la candidatura de Allende, o sea, el Frente del Pueblo, ya había impugnado enérgicamente el convenio.

Todos estos hechos demuestran que la mayoría nacional ha estado y está contra el Pacto y que, por lo tanto, es posible obtener su derogación si nos movilizamos urgentemente con tal fin.

LOS QUE HAN NEGOCIADO CON LA PATRIA

La mayoría del país comprende ya que las concesiones a la oligarquía terrateniente, hechas por el gobierno de González Videla, les ha permitido fabulosas ganancias a un reducido grupo de grandes latifundistas mientras la mayoría del país sufre cada día más por la falta o carestía de los artículos agropecuarios. El traidor González Videla empezó favoreciendo a la oligarquía con la dictación de la Ley de Sindicalización Campesina —otra vergüenza para el país— que entregó maniatados a los obreros e inquilinos para que los terratenientes los explotasen más inhumanamente, como lo han hecho y lo están haciendo, pagándoles salarios miserables, burlando el pago de la semana corrida y toda ley social. Al mismo tiempo, González Videla, favoreció y sigue favoreciendo a los latifundistas con su tristemente célebre política de los "precios remunerativos" que, una vez que estuvieron totalmente desprestigiados, empezó a llamarlos "precios justos" como si el pueblo pudiera ser engañado por un mero cambio de términos.

En virtud de esta política de "precios remunerativos" o "precios justos", antes de empezar el año agrícola, antes de sembrar, se fija, es decir, se alza el precio para la próxima cosecha. Antes de que se fijen estos precios, los terratenientes amenazan con no sembrar so pretexto de que no podrían hacerlo porque los costos no alcanzarían a ser cubiertos con las utilidades de los precios en vigencia. Pero sucede que, después de alzados los precios, tampoco siembran o siembran mucho menos, obligando al país a importar este año más de un millón de quintales métricos de trigo y una apreciable cantidad de arroz, es decir, productos que hasta hace poco se cosechaban en cantidad suficiente para abastecer el consumo nacional y aún para exportar.

El caso no tiene nada de curioso. Por el contrario es muy lógico. Los precios remunerativos para el gran terrateniente, conducen a una merma y no a un aumento de la producción, pues, con menos esfuerzos, con menos capital, con menos "molestias" como llaman los latifundistas al trabajo, ganan mucho más.

Junto a este puñado de latifundistas, se han favorecido con los "precios remunerativos", con las alzas que a diario se decretan en La Moneda, los

grandes monopolios industriales, como Cemento Merlón y Yarur; las grandes firmas distribuidoras —Grace, Duncan Fox, Codina, etc.—; los bancos particulares, es decir, el capital burocrático, de carácter especulativo, que no contribuye, sino que, al contrario, se interpone al desarrollo industrial independiente del país.

Y a la sombra de este capital, de sus influencias de Palacio, se han favorecido y siguen favoreciendo los nuevos ricos del régimen, los gestores, los ladrones del cobre, que en su mayoría militan en las filas del Partido Radical.

EL PAIS QUIERE OTRA COSA

No cabe ninguna duda que la mayoría del país repudia esta política antinacional y antipopular. No sólo las amplias masas populares, sino incluso importantes sectores de la burguesía, quieren un cambio serio en la marcha del país. Hay fuertes núcleos de industriales asqueados por la corrupción política, por el hecho de que hasta para traer una maquinaria del exterior tienen que pagar una fuerte coima. La falta de créditos para ellos, los trastornos periódicos que provoca una inflación sin freno, las constantes alzas de impuestos, producen y están produciendo entre muchos industriales un sentimiento favorable a buscar nuevos caminos para sacar al país de la postración. El interés que ha despertado en estos círculos la Conferencia Económica de Moscú y la general simpatía con que en ellos se mira la consigna por la nacionalización del cobre, hablan en forma elocuente de cómo un amplio sector de la burguesía se inclina no sólo a un cambio de hombres sino, ante todo, a un cambio de orientación en la dirección del país.

Pero son indudablemente las masas populares y en primer lugar la clase obrera, las fuerzas que con más decisión quieren y luchan por un cambio de fondo en los rumbos del país y combaten tesoneramente por sus reivindicaciones más sentidas y contra la política de guerra, hambre y opresión que ha realizado y realiza la dictadura.

La clase obrera ha luchado y sigue luchando tenazmente por sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas, habiendo conseguido importantes triunfos en este sentido, como es el salario familiar, indemnización para el arriendo de casas, mejor indemnización por año de servicio y otras mejoras que, a través de su lucha, ha impuesto en gran parte de las industrias, lo cual significa que ha empezado a alcanzar conquistas superiores a las que están en el Código del Trabajo.

Las grandes huelgas del salitre y el cobre, la huelga de los profesores, de los obreros y obreras de la industria textil y del calzado; los movimientos reivindicativos de los obreros del carbón, de las faenas marítimas y portuarias tienen un carácter esencialmente ant imperialista, no sólo porque parte de él se libra en los grandes centros industriales en manos de las compañías imperialistas, sino, además, porque en su conjunto se proponen reivindicaciones que, como el mejoramiento de sus condiciones de vida y la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, están en pugna con la política bélica y la dominación del país por parte de los monopolios norteamericanos. Es una obligación ineludible de todos los trabajadores solidarizar urgente y ampliamente

con estas luchas, tratando que cada uno y todos los combates de obreros y empleados desemboquen en victorias.

A este gran espíritu de unidad y lucha combativa de los trabajadores chilenos se suma el ferviente deseo de unidad de obreros y empleados en una sola y gran central de trabajadores. Esta unidad se va forjando a paso firme y seguro a través de la unidad de acción en defensa de los intereses comunes, por el aumento de sueldos y salarios, por la estabilidad en sus ocupaciones y trabajos, por el derecho a organizarse y a elegir libremente a sus dirigentes, por la derogación de la Ley Maldita de Defensa de la Democracia y de las demás leyes represivas, por la reincorporación a sus puestos de los obreros y empleados despedidos por cuestiones políticas y sociales.

En este proceso unitario, los trabajadores chilenos están aprendiendo a saltar los escollos, a hacer un lado los obstáculos, a barrer de sus filas a los dirigentes a sueldo del enemigo, como lo prueba la expulsión de Bernardo Ibáñez del movimiento sindical y de su propio Partido, y el hecho de que Díaz Martínez y otros hayan sido dejados al margen de ese movimiento. Por este camino, se marcha con firmeza y seguridad hacia la unidad orgánica de todos los trabajadores, lo cual significará dar una bofetada en pleno rostro al imperialismo.

La creación del Comité Nacional de Obreros y Empleados, que está coordinando las luchas reivindicativas de todos los trabajadores, y la constitución de un sólo Comité Pro Primero de Mayo son otros dos pasos de gran trascendencia unitaria y anti imperialista. Por de pronto, hay que valorizar el hecho que esta unidad haya desbaratado los planes del ibañismo que, azuzado por los dirigentes socialistas de derecha, querían realizar ese día una Marcha a favor de su candidatura, pretendiendo con ello llevar la división al movimiento obrero, entre ibañistas y no ibañistas, y quitarle el contenido de lucha anti imperialista que tendrá este Primero de Mayo, día en que el proletariado hace un recuento de sus fuerzas, un balance de sus luchas y alza su puño de hierro contra las fuerzas de la reacción y el oscurantismo.

LA CUESTION ELECTORAL

En el terreno político y electoral también se han logrado importantes avances.

El llamado que hicieron 500 dirigentes sindicales a luchar por la candidatura de Allende, tiene una importancia excepcional. Le da a esta candidatura el apoyo activo y resuelto del grueso del proletariado y de paso, dada la diversidad ideológica de los firmantes, refuerza el proceso de unidad de la clase obrera. Asimismo, el Manifiesto que lanzaron 400 médicos y enfermeros de adhesión al candidato del Frente del Pueblo —entre los cuales hay prestigiosos elementos de distintas ideologías— revela que esta candidatura, por su programa y sus principios y por las fuerzas que la sustentan, empieza a abrirse paso en los más amplios sectores ciudadanos.

Pero, sin duda, el éxito más importante en este terreno lo constituye la gran marcha reñizada en Santiago el día 6 de abril, bajo el lema de "El Pueblo a la Ofensiva". Esa marcha, impresionante por su número, por sus componentes —pueblo auténtico—

y por su contenido programático, expuesto en forma viva a través de grandes carteles, paneaux, carros alegóricos, etc., ha tenido la virtud de poner fin a las especulaciones políticas de quienes, a fin de minar la confianza del pueblo, hablaban todos los días de que la candidatura de Allende sería retirada y entraría en componendas con la execrable camarilla cenista.

La marcha del 6 de abril ha demostrado una cosa que es todavía tanto o más importante: ha demostrado que el Frente del Pueblo no es algo pasajero, circunstancial, meramente electoral, sino que él representa un movimiento en marcha impetuosa, que existiría aunque el país no estuviera abocado a una campaña electoral y que, por lo tanto, seguirá adelante más allá del 4 de septiembre.

No estamos frente a un mero cambio de guardia en La Moneda. El pueblo de Chile, así como los demás pueblos coloniales y dependientes, no están abocados al simple reemplazo de unos sirvientes del imperialismo por otros sirvientes suyos. Los pueblos coloniales y dependientes viven un período de grandes conmociones sociales y políticas: están rompiendo la esclavitud de unos países por otros y removiendo hasta los cimientos al régimen capitalista. En nuestro país, este período de grandes cambios y grandes perspectivas nos plantea urgentemente la realización de imperiosas tareas como la reforma agraria y la nacionalización de las industrias que están en manos de los voraces monopolios imperialistas, o sea, nos plantea la necesidad inaplazable de llevar a cabo la revolución democrática burguesa, agraria y anti imperialista, pues, en los países como el nuestro, la clase obrera, como dice Lenin, sufre no tanto del capitalismo nacional como de la insuficiencia del desarrollo de este último.

Por lo tanto, el Frente del Pueblo no es sólo una postulación presidencial. Como lo demostró la marcha del 6 de abril, él recoge las angustias del pueblo, su clamor, sus ansias de justicia, sus más apremiantes necesidades, las más sentidas aspiraciones progresistas de la ciudadanía y ofrece una salida patriótica a la actual situación de hambre, opresión, atraso y miseria. Esa salida está en el rescate de nuestras riquezas que hoy están en poder de los monopolios imperialistas, es decir, en la nacionalización del cobre y demás empresas extranjeras; en la ruptura del monopolio comercial yanqui, estableciendo amplias relaciones con la URSS, China y países de democracia popular; en la reforma agraria que termine con el gran latifundio y ponga la tierra en manos de los que la trabajan.

Este programa, que sostiene el Frente del Pueblo y su candidatura, no puede ser tronzado. Tampoco puede ser puesto en manos de ningún caudillo y mucho menos si ese pertenece al sector de la burguesía que, encabezada por González Videla, cometió la infame traición al programa del 4 de septiembre. El Frente del Pueblo y su candidato ponen este programa en manos del pueblo, de cuya organización, unidad y lucha depende su realización próxima.

El Frente del Pueblo es, pues, un movimiento sólido que cada día se arraiga más en las masas, conquistando más y más elementos falangistas, radicales, ibañistas y de otras ideologías que habían caído temporalmente en el confusiónismo. Esto debemos tomarlo muy en cuenta para que por ningún motivo retrocedamos, sino que siempre vayamos hacia ade-

lante, hasta hacer del Frente una fortaleza inexpugnable. En este sentido, los dos partidos de mayor rai-gambre popular que participamos en él —el Partido Socialista y el Partido Comunista—, debemos pesar la responsabilidad que hemos contraído ante los trabajadores y el pueblo de Chile. Cualquiera que sea el resultado de las elecciones, el Frente del Pueblo debe seguir adelante consolidándose, afianzándose, fortaleciéndose y ampliándose, para que, llegue o no al gobierno el 4 de septiembre, luche incansablemente por el cumplimiento de su programa y por las reivindicaciones de los trabajadores y las masas populares. Sólo de esta manera daremos confianza al pueblo, el que a la vez se convencerá que en su unidad y en su lucha radica la fuerza para la conquista de sus derechos económicos, sociales y políticos.

AMPLIAR EL FRENTE DEL PUEBLO

A pesar de la envergadura que está tomando, el Frente del Pueblo no ha conseguido, todavía, ampliar debidamente sus filas. El sectarismo que reina en algunos dirigentes y militantes tanto comunistas como socialistas, no permite ampliar el movimiento a otras capas de la población. Por consiguiente es necesario barrer con el sectarismo y hacer comprender a cada militante del Frente del Pueblo que este tiene que tener una amplitud muy grande, haciendo que participen en él los más vastos sectores de la población, cualquiera que sea su ideología política y su credo religioso, desde los obreros hasta los grupos patrióticos de la burguesía nacional.

Puesto que el Frente del Pueblo tiene un programa que contempla las aspiraciones y los intereses de la mayoría del país, puesto que ese programa es el único que permite dar una solución a la crisis en que vivimos y, puesto que ninguna otra candidatura tiene un programa semejante, es evidente que es posible ampliar el Frente del Pueblo y lograr que la mayoría del país apoye su candidatura.

Para esto tenemos que explicar incansablemente a todos los chilenos, que lo que el país tiene que elegir es ante todo qué camino se quiere seguir: si el camino actual, de entrega a los monopolios yanquis, de subordinación a sus planes de guerra, de favoritismo a la oligarquía terrateniente, de leyes represivas; o el camino del rescate de la riqueza, de la nacionalización del cobre, de las relaciones con la URSS, o sea, la senda de la paz, el progreso, el bienestar y la liberación nacional. Tenemos que explicar, asimismo, que tanto Alfonso, como Matte e Ibáñez, no ofrecen otra cosa que seguir el camino de González Videla, el camino de sumisión al imperialismo yanqui y a la oligarquía semifeudal y bancaria.

En otros términos, sigue estando en la primera orden del día la divulgación y la popularización del programa del Frente del Pueblo.

De manera muy especial hay que realizar esta labor entre las bases ibañistas. La candidatura de Ibáñez ha perdido fuerza, pero todavía conserva a mucha gente engañada, a los elementos políticamente más retrasados a los cuales un grupo de políticos arribistas y de sirvientes del imperialismo, pretende engañar y arrastrar a servir de pedestal a una dictadura fascista contra el pueblo y en favor del imperialismo yanqui.

Provocadores profesionales y bien rentados que operan desde las filas ibañistas, pretenden arrastrarnos a una lucha fratricida con los trabajadores y las dueñas de casa que creen en Ibáñez. No debemos darles en el gusto. Con firmeza, pero con serenidad, con paciencia, con fraternidad, debemos discutir con los trabajadores ibañistas, sin herir su amor propio, explicándoles las cosas, en forma clara y precisa. Estas discusiones deben hacerse en el hogar, en la calle, en la fábrica, en todas partes, ya sea en forma individual o colectiva, esto es en pequeñas asambleas o foros organizados ex profeso. Y al final de estas discusiones, que deben organizarse, planificarse casa por casa, barrio por barrio, industria por industria, hay que obtener como resultado, si no el abandono inmediato de Ibáñez por los ibañistas, al menos su decisión de trabajar en común con comunistas, socialistas y gentes de otras tendencias, en favor de las reivindicaciones comunes en la industria, en el barrio, etc., por la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, por la nacionalización del cobre, contra el pacto militar que nos ata a Estados Unidos etc. etc.

Por otra parte, es urgente atraer y conquistar al campesinado para el movimiento antiimperialista y antioligárquico. A través de una constante propaganda hablada y escrita, debemos convencerlo de que debe sumarse a este movimiento que enarbola la bandera de la reforma agraria, la cual será una realidad si ellos, los campesinos, se organizan y toman en su propias manos la tarea de llevarla a efecto, conquistando y distribuyendo la tierra entre quienes la trabajan.

NUESTRAS RESPONSABILIDADES

Compañeros militantes de nuestro glorioso Partido. Superándonos cada día más en nuestro trabajo, despojándonos de todo vestigio de sectarismo, transformemos el movimiento del Frente del Pueblo en un poderoso movimiento antiimperialista y antioligárquico, en el cual participe la inmensa mayoría de la nación quedando fuera de él solo el pequeño grupo de oligarcas feudales y los traidores que han colocado a la Patria bajo la bota yanqui.

Hagamos de este movimiento una fuerza capaz de llevar a la práctica las profundas transformaciones que reclama nuestro pueblo y que necesita urgentemente el país para salir de la crisis y forjar su progreso.

Liguemos todas las luchas reivindicativas de los obreros, campesinos, empleados, profesionales, etc., a las grandes aspiraciones que interesan a la nación, como la reforma agraria, la nacionalización del cobre y las relaciones con la URSS, China y países de democracia popular.

Intensifiquemos la formación de Comités del Frente del Pueblo en todos los rincones de Chile. Que no haya una sola aldea, una sola fábrica, mina, hacienda, puerto, oficina, barrio o población, donde no haya Comité del Frente del Pueblo, luchando por el programa de este movimiento y por las reivindicaciones específicas de cada lugar.

Cada militante y dirigente debe tener plena claridad y comprensión del profundo significado del movimiento del Frente del Pueblo, que no sólo es una continuación de los movimientos de 1938, 1942 y

1946, sino, al mismo tiempo, una superación de ellos. Esos movimientos fueron dirigidos por la burguesía y la pequeña burguesía, que son vacilantes, y que en momentos difíciles retroceden, acobardan y se entregan al enemigo. Ahora, en el movimiento popular antiimperialista y antioligárquico, el peso específico está y debe estar cada vez más en manos de la clase obrera, que es y debe ser la fuerza motriz en la movilización de todas las fuerzas patrióticas por la liberación nacional y social.

De nosotros, comunistas, depende que todo esto se convierta en realidad. De nuestro trabajo cotidiano, de nuestra perseverancia, de nuestra agilidad, de nuestra combatividad, de nuestra comprensión de los problemas y de la claridad para explicarlos, de nuestra decisión en el cumplimiento de las tareas, depende la salvación de nuestra Patria de la catástrofe económica, de las fauces del imperialismo y de la guerra, que es a donde la ha conducido y la conduce la camarilla gobernante.

Las enseñanzas de la FSM y de la CTAL nos permiten superar el movimiento sindical mundial

Por O. P.

Representantes de más de 80 millones de trabajadores de todos los Continentes se reunieron a fines de 1951 en Berlín por iniciativa del Consejo General de la Federación Sindical Mundial.

En esa reunión la FSM entregó un nuevo y gran aporte al movimiento obrero internacional. La FSM ha logrado desbaratar y destrozor todas las maniobras de la reacción y el imperialismo que trataban por todos los medios de levantar obstáculos al contacto fraternal de los trabajadores del mundo.

Los dirigentes de los obreros, empleados y campesinos del mundo, estrechamente vinculados a la diaria lucha de las masas en sus respectivos pueblos, han podido hacer un balance general de las actividades de cada uno de sus países y trazar las perspectivas que contribuyan a hacer más solidaria la acción de los trabajadores, a estrechar las relaciones de los asalariados entre sí, a emprender luchas coordinadas por el bienestar de las masas trabajadoras, a mejorar las relaciones amistosas entre los pueblos con vistas a afianzar la paz. En esta reunión se profundizó en aspectos fundamentales, a fin de promover una mayor intensificación en la lucha por la unidad sindical en la acción y apartar las dificultades que por la incompreensión, el oportunismo, el sectarismo o la deficiencia en la formación de cuadros sindicales, subsiste en el movimiento sindical internacional.

El balance del Consejo General de la FSM ha sido positivo. El éxito de la reunión de Berlín y la comprobación que desde que abandonaron la FSM, los dirigentes ingleses y norteamericanos, los efectivos de ella han aumentado, de 64 a 80 millones, pese a la violenta ofensiva de que han sido objeto, ha sido una evidente demostración de su fortaleza y eficiencia.

El Consejo General pudo imponerse en detalle de las grandes batallas libradas a través del mundo, —bajo las banderas de la FSM— por los partidarios de la unidad obrera, del bienestar de los trabajadores y de la defensa de la paz.

Fueron estas batallas del proletariado en los países, capitalistas, coloniales, semi-coloniales o dependientes, las que obligaron a las fuerzas ocultas

de la reacción, del fascismo y el imperialismo, a inquietarse, y tratar de destruir la FSM. En la imposibilidad de destruirla por dentro, crearon organismos internacionales como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CISL) y la Confederación Interamericana del Trabajo (CIT), y han procurado, mediante el engaño y el soborno, mantener dividida a la clase trabajadora, en los países donde sus agentes lograron hace algún tiempo escindir el movimiento obrero.

Sin embargo, es tal la fuerza de la unidad en la acción de las masas en lucha contra la reacción y el imperialismo, que en casi todas partes estas escisiones han sido superadas y los abanderados de la traición y de la entrega de las fuerzas obreras a los gobiernos y a los imperialistas, han sido repudiados por las masas trabajadoras. Como ejemplo de lo ocurrido, podemos señalar el caso de algunos traidores a sueldo de los yanquis en América Latina; de Cofiña en Cuba; de Sabroso en Perú y de Bernardo Ibáñez Aguila, en Chile.

El Consejo General de la FSM, pudo demostrar a los trabajadores de todo el planeta, sin distinción de ideas o creencias religiosas, que las escisiones sindicales no son obra de los trabajadores, puestos que ellos no tienen divergencias entre sí ni con los asalariados de otros países o de otras razas; ya que todos persiguen el bienestar en la lucha contra los gobiernos reaccionarios o en contra de las fuerzas de intervención armada o económica de los consorcios imperialistas.

El Consejo General, indicó una vez más que la división del movimiento obrero, es obra de la reacción, aunque a veces se tarde en desenmascarar a los instrumentos que sirven esos intereses. Allí se pudo establecer que la división es el arma más apreciada por la reacción, para poder intervenir en los sindicatos de obreros y empleados. Las fuerzas del retroceso han recurrido siempre a esos métodos destructivos, cuando han tratado de imponer su dominio en algún país o nación, o cuando han tratado de restablecerse de golpes que han comprometido su situación preponderante en lo nacional o internacional.

La reunión de la FSM en Berlín, como la que cele-

braron posteriormente en Viena los dirigentes de la CTAL nos han entregado valiosos materiales en este aspecto. El conocimiento de ellos y su difusión, complementarán en parte el aporte que ha entregado la FSM; a los trabajadores del mundo para su unidad en la acción.

LA CUESTION DE LA PAZ Y LA GUERRA

En las reuniones de la FSM y de la CTAL, ha estado presente un peligro mortal que amenaza a los trabajadores. Este es el peligro de una nueva guerra mundial que quieren desencadenar las fuerzas agresoras del impericilismo anglo-norteamericano.

Si miramos el mapa del mundo veremos que una red de puestos militares, navales y aéreos, circundan a los países de nuevas democracias y a la URSS. La mayoría de los gobiernos capitalistas tanto de las naciones desarrolladas, como coloniales o dependientes, han puesto los recursos de sus países al servicio de los planes de expansión y guerra del imperialismo norteamericano. Pero hay un detalle que no han tomado en cuenta y que les será fatal: los pueblos no les van a acompañar en aventuras de esa naturaleza; no estarán dispuestos a entregar su vida para satisfacer el egoísmo de sus gobernantes y los intereses de los inversionistas anglo-norteamericanos.

Si observamos en detalle el mapa, veremos a los yanquis ocupando Formosa para defender el gobierno de Chan Kai Shek, vendido desde hace años a los norteamericanos; los veremos —bajo la bandera un tanto desprestigiada de la NU—, vomitando metrallas y bacterias infecciosas contra el heroico pueblo coreano; los veremos asesinando a los patriotas vietnamitas. Los podemos ver, si miramos América Latina, interviniendo política y económicamente en la defensa de los gobiernos sanguinarios de centro América; apuntalando las sangrientas dictaduras de Colombia y Venezuela; promoviendo golpes militares en Cuba para instaurar un "gobierno fuerte" contra los trabajadores; estimulando el alzamiento de la reacción de Guatemala contra el Gobierno de Arbenz que defiende los intereses de su país frente al monopolio frutero norteamericano; firmando y haciendo firmar pactos militares con los gobiernos más serviles como el de González Videla.

GANANCIAS PARA LOS GUERRERISTAS: HAMBRE PARA LOS PUEBLOS

En la reunión de Berlín fué fácil constatar las grandes ganancias obtenidas por los consorcios internacionales, como consecuencia de esta política de guerra del imperialismo. En 50 mil millones de dólares se calculan las ganancias de 1951 para un grupo de firmas norteamericanas, que en 1946 obtuvieron 24 mil millones. Cerca de 8 mil millones de libras ganaron un grupo de firmas inglesas, que en 1946 se beneficiaron con 4 mil ochocientos millones de libras. En Francia un pequeño grupo de firmas ganaron 124 mil millones en 1947 y el año 1950 contabilizaron una utilidad superior a 800 mil millones. En Italia, 67 firmas ganaron en 1950, 167 mil millones de liras contra 77 mil millones en 1948. ¡Qué decir de los millones de millones de dólares que las firmas imperialistas succionan de nuestros pueblos y que acentúan la miseria y desnutrición en que viven los habitantes de América Latina como consecuencia de esta

criminal política de explotación, de armamentismo y de complicidad de los gobiernos antidemocráticos que predominan en casi todo el Continente!

El Consejo General constató que han subido enormemente los presupuestos de guerra. En Estados Unidos, los presupuestos de guerra eran de 14.451 millones en 1947, y han subido para 1951-52 a 59.500 millones de dólares. En Inglaterra eran en 1949 de 750.000 millones de libras y han subido a 1.490.000 millones, y en Francia han subido de 600.000 millones de francos en 1948 a 1.400.000 millones.

Las fabulosas ganancias de las firmas imperialistas ya indicadas y los enormes presupuestos de guerra de todos los países capitalistas, incluso el nuestro, son el origen de la miseria de nuestras poblaciones.

Por eso faltan escuelas, hospitales, habitaciones, alimentación, descanso para los que trabajan, y leche y pan para sus hijos. De allí proviene la ropa, el calzado, los arriendos, estén cada vez más caros. Debido a esa política de guerra, impuesta por los imperialistas yanquis para agredir a la URSS y a los países de nuevas democracias, el valor adquisitivo de la moneda se reduce más y más, lo cual rebaja escandalosamente los salarios y hace subir cada día los artículos esenciales para la vida.

AVANZA LA UNIDAD DE LOS TRABAJADORES

Del estudio de la situación imperante en el mundo, surge la comprobación de algunos hechos inamovibles: El primero de ellos: Las superganancias de los grandes monopolios contrasta con la creciente agravación de las condiciones materiales, sociales y culturales de los trabajadores en los países capitalistas; Segundo: Aumenta la lucha y resistencia de las masas de empleados, obreros y campesinos en los países capitalistas, contra el empeoramiento de sus condiciones de vida; Tercero: La lucha y la resistencia ha logrado hacer progresar la unidad de los trabajadores, por encima de las maniobras de los divisionistas. Las huelgas y combates callejeros han logrado unificar a los obreros de diferentes organizaciones y ha traído al lado de los partidarios de la FSM a los trabajadores engañados por la CISL y a los miembros de las organizaciones sindicales cristianas. Todos estos trabajadores se han unido para asegurar el éxito de sus reivindicaciones. Por otra parte, grandes sectores de obreros inorganizados han participado en estas batallas de masas acrecentando así el poderío de las organizaciones sindicales clasistas.

Aún cuando los dirigentes de la CISL, han contestado en forma grosera las proposiciones de la FSM, a fin de emprender acciones comunes en favor de los trabajadores, las masas que sufren y que no aceptan los procedimientos de sus dirigentes amarillos, han respondido al anhelo común de todos los explotados, uniendo sus fuerzas para la lucha y asegurar la victoria en los combates entablados.

La experiencia de los años de lucha que lleva la FSM, demuestra que la organización que efectiva y sinceramente hace de sus postulados de unidad en la acción, una actitud permanente, consecuente y libre de discriminaciones, atrae a los trabajadores, les enseña a luchar y les ayuda a encontrar el camino del éxito en sus batallas por el pan y la paz.

LA UNIDAD A TRAVES DE COMITES DE ACCION

El análisis de las intervenciones de los dirigentes responsables del movimiento obrero en la reunión de Berlín, indica que los trabajadores son capaces de conquistar mejoras en sus condiciones de vida y derrotar la política de guerra en que están embarcados los negociantes de la muerte.

La derrota de los enemigos de los pueblos se conseguirá si se unen los trabajadores en la acción.

Esta unidad no sólo es un problema de direcciones, como muchos se lo imaginan. No es que seamos enemigos al entendimiento de las direcciones. No lo somos; y por el contrario creemos que él es necesario y conveniente, si no sólo se trata de unidad por arriba, si ésta va más allá del papel, si se afianza en la unidad de las bases por las reivindicaciones que sienten en su propio taller, fábrica, mina, salitrera o barco.

La unidad de acción debe ser establecida en las bases mediante la acción de los propios obreros organizados con los inorganizados o pertenecientes a otras organizaciones. La formación de comités por el cumplimiento de los pliegos suscritos con los patronos, o por la defensa de mejores condiciones de trabajo; o por la necesidad de exigir la libertad de compañeros presos, derogar leyes represivas o ayudar a las familias de los presos, perseguidos y cesantes, es la mejor forma de ir, diariamente, unificando a los trabajadores.

Cuando los sindicatos o las centrales, por ejemplo, se van a enfrentar a paros o huelgas, la organización en la base de comités de apoyo a las reivindicaciones por las que se va a luchar, es también un cordón que une vigorosamente a los trabajadores.

POLITICA DE CUADROS EN EL CAMPO SINDICAL

La creación de fondos de resistencia, el nombramiento de compañeros que recuerden esas obligaciones a los obreros, como así mismo la designación de camaradas que se encarguen de recomendar el pago de las cuotas, de difundir la compra de literatura sindical, de acelerar la ayuda a obreros en huelga, de atender a los enfermos, velar por la higiene, en el sitio de trabajo, etc., es una contribución al trabajo de preparación de cuadros. Esta tarea, llevada con esmero va creando no sólo vínculos solidarios entre los trabajadores, sino que despierta en ellos el cariño a la organización, les enseña a participar en la vida sindical empezándose así, insensiblemente a forjarse, en la base, a los miles de dirigentes y activistas que necesitan nuestras organizaciones a fin de irlos promoviendo en el futuro a los puestos de mayor responsabilidad.

Si esta acción la realizamos permanentemente querrá decir que empezamos a comprender lo que es la FSM, lo que es la CTAL y lo que tienen que ser los sindicatos, federaciones industriales y Consejos Provinciales y Departamentales de la CTCH. Desde luego, en las direcciones de los sindicatos, federaciones y en la CTCH, tenemos que esforzarnos por crear alrededor de cada miembro de dirección, grupos de activistas sindicales que compartan nuestras tareas de dirección. Debemos extraer de las bases o de las di-

recciones de los sindicatos estos compañeros. Todos o casi todos nuestros dirigentes sindicales están actualmente debatiéndose bajo montañas de trabajos que hacen tardíamente, que dejan de hacer y de truncados proyectos.

La falta de cuadros o, mejor dicho, la falta de una política de cuadros es una tragedia. Ellos no se formarán de la noche a la mañana. Los actuales cuadros sindicales tampoco han concluido de forjarse y debemos comprender la necesidad de rodearlos de camaradas que deseen o estén dispuestos a secundar sus labores que son a veces abrumadoras, por la falta de cooperación y de ayuda. Si se logran crear, por ejemplo, grupos de activistas sindicales en las comisiones de organización, de finanzas, de conflictos, de sanidad, de cultura, literatura, etc., ligados a sus bases, es seguro que se podrá trabajar con mejores resultados y los dirigentes sindicales no se hundirán tanto en el practicismo que los consume y ahoga a veces sus perspectivas.

Las reuniones de Berlín y de Viena, nos han demostrado rudamente, que en efecto, el movimiento sindical, especialmente en América Latina, está sufriendo de una seria debilidad en este aspecto. El problema de la formación de cuadros desde la base hasta las direcciones de todas las organizaciones, sean ellas o no pertenecientes a la CTCH o adheridas o no a la CTAL o la FSM, es una crisis que tenemos que superar. Esta debilidad está íntimamente ligada a la falta de mayor interés por la educación ideológica, al atraso en la publicación de folletos que traten de los problemas sindicales nacionales e internacionales; a la inexistencia de órganos periodísticos al servicio de nuestras organizaciones, y a la desestimación del papel preponderante que en la educación y preparación de las masas desempeña la prensa obrera.

Los dirigentes, tienen que dirigir. Para dirigir hay que pensar y estar ligados a las bases y a las masas en general. Los documentos que elaboramos deben contener las palpaciones de las bases y las masas organizadas e inorganizadas.

Nuestra palabra, debe estar ligada no sólo al problema en debate del sector afectado, sino que ella debe tocar a los problemas generales de la lucha contra el sistema capitalista y sus fuentes de males. Es decir, la lucha económica debe ser traducida ampliamente a lo político. Un dirigente que no comprenda que el problema de los salarios o el alza del costo de la vida está entroncado a las actividades del imperialismo que malogra el desarrollo de las aspiraciones de independencia económica y política nacional, que no comprenda que la lucha por el pan diario de ellos y sus hijos, está relacionada con la imperiosa necesidad de establecer una profunda Reforma Agraria, de industrializar el país, de nacionalizar algunas industrias fundamentales como la del cobre, no comprende el sentido real de las luchas que las masas desarrollan en las calles o en el trabajo. Un dirigente sindical que pretenda ignorar que la falta de escuelas, hospitales o habitaciones es consecuencia en gran parte de la inflación, de los presupuestos de guerra o de gastos de defensa interior de los gobiernos capitalistas, es indudable que está ya al margen de las grandes batallas que libran los pueblos y su vanguardia, la clase obrera.

BARRAMOS CON EL SECTARISMO

En el Consejo General de la FSM se golpeó firme sobre la dura costra del sectarismo predominante, sin excepción, casi en todos los campos del movimiento sindical.

Nos han dado lecciones magníficas que no debemos desperdiciar. La conquista de los obreros para la unidad de acción debe hacerse manteniendo tenaz lucha contra las manifestaciones sectarias. Debemos analizar nuestra propia actuación y las de nuestro gremio a fin de descubrir ese mal y atacarlo más con hechos que con palabras.

Si tomamos en cuenta que la clase obrera y los empleados, no son un bloque ideológico homogéneo y que como decía Lenin, no está separada de las demás clases sociales por ninguna muralla china, debemos deducir que las influencias extrañas encuentran diversos canales por donde llegan incluso a los sectores de vanguardia del proletariado. Si no somos sectarios, se nos dijo, deberemos comprender esta verdad y razón de muchos errores, fracasos y oportunismos existentes, como así mismo de corrupciones ideológicas en determinados dirigentes conquistados por los medios de propaganda que desarrolla el Estado, la reacción y el imperialismo.

Santiago Alegría, no se ha cansado de repetir, lo que decía Frachon, en el Consejo General de Berlín: Esto es, que si no somos sectarios, deberemos ver a los trabajadores, tal cual son y no como se nos ocurre que debieran ser. Muchos problemas que para nosotros aparecen claros, para la mayoría no lo son. Verdades que nosotros consideramos inamovibles, algunas masas obreras a veces no las aceptan. Debemos convencerlas con lenguaje claro, sencillo, con demostraciones prácticas y muchas veces elementales. Por ejemplo, esto mismo que señalo en estas líneas, más de un camarada dirá que ya lo sabía y que quizás no valía la pena perder espacio en volverlo a decir. Pues bien. Esa es una de nuestras demostraciones de sectarismo. Creer que porque nosotros algo sabemos, ya todos lo saben; y lo que es peor, creer que los demás y la masa trabajadora en general lo va a tener presente en cada ocasión".

Cuando hablamos de la unidad, olvidamos a veces, que para hacerla, no es necesario que quienes van a luchar con nosotros, tengan la obligación de aceptar todos nuestros planteamientos o reivindicaciones. La unidad puede hacerse bajo un solo punto, o dos o tres y ello puede ser hasta por cuestiones mínimas. Pero, una vez unidos en la acción, los trabajadores se sienten fuertes y comprenden que pueden emprender luchas de mayor envergadura. Entender esto tan sencillo, es desbrozarnos un poco del sectarismo y del oportunismo.

Cuando nuestros camaradas se dispongan a luchar seriamente contra el sectarismo, deberán tener en cuenta "que no ser sectario significa efectuar un constante esfuerzo para que los trabajadores divididos por opiniones políticas o religiosas diferentes, sean capaces de impedir las maniobras de sus enemigos que tienden a convertir estas diferencias en barreras insalvables". Y no olvidarse, que cuando se ha efectuado la unidad en algún sector, estas diferencias siguen subsistiendo, lo cual deben tener presente los que luchan por la unidad y contra el sectarismo. El olvido de este detalle puede retrasar la mar-

cha del movimiento sindical en general, pues a un socialista, un radical o falangista o un democrático no les agrada aparecer arrastrados o llevados a la fuerza a acciones en que ellos mismos en el fondo pueden estar de acuerdo. Los partidarios de la unidad y los luchadores contra el sectarismo debemos obrar de manera que todos se sientan en igualdad de condiciones en la discusión, en la resolución y en el combate.

Los mejores dirigentes del sindicalismo revolucionario, nos han enseñado que el sectarismo es responsable de los obstáculos que impiden el desarrollo, control y funcionamiento democrático de los sindicatos. Hace perder a los obreros el interés por su propia organización viendo en ella un nido de sectarios, de charlatanes, de discutiadores inocuos y pasivos absolutos en la acción.

El sectarismo puede arrojar a millones de trabajadores en brazos de la influencia burguesa.

Una de las mejores formas para combatir el sectarismo, es convertir a los sindicatos en verdaderos órganos de masas. Esto es lo que deben ser los sindicatos en su vida interna y externa. Preocuparse como lo hemos dicho, de ligar a él la mayor cantidad de compañeros por medio de trabajo de comisiones, labores, etc. Si esto se consigue, en gran parte habremos destruido el sectarismo y el oportunismo.

El sectarismo lo podemos encontrar en los camaradas que piensan que ellos y sólo su organización tienen siempre la razón. Debemos considerar que otros dirigentes y otras organizaciones también se creen depositarias de la verdad y bien vale la pena discutir con ellos a fin de demostrar que tenemos la razón o comprender sus razonamientos. Hay que entender que debemos trabajar en las organizaciones que no comulguen con nuestros pensamientos aún cuando allí seamos absoluta minoría. No debemos pensar que tenemos la obligación de ser dirigentes o que los sean nuestros camaradas de ideología, porque creemos que tenemos la razón. Esto lo dirán las masas obreras si las sabemos convencer con razonamientos.

Mucho más podríamos agregar a este capítulo. El espacio nos lo impide. Sin embargo, una última palabra: un dirigente que luche contra el sectarismo debe sacarse de la cabeza la idea que muchos de estos defectos son inherentes a la juventud del movimiento sindical chileno. Lo que sucede, es que a veces tenemos vacilaciones para explicar correctamente la política unitaria que debemos seguir en el campo sindical. Tememos que nuestros adversarios políticos puedan aprovecharse de nuestros planteamientos unitarios, libres de sectarismos. No debemos temer esto. La clase obrera puede estar engañada un tiempo, pero al fin dará la espalda a sus engañadores. Ella comprenderá en la práctica y en la diaria lucha, quienes juegan con la palabra unidad, quienes emplean esa palabra para beneficios de grupos o de sectas, y terminará repudiándolos.

En el Consejo de la FSM se demostró cómo los dirigentes de los sindicatos ingleses y norteamericanos, fueron unitarios, mientras pudieron hacerle el juego a los gobiernos y a los imperialistas. Pero cuando la unidad en la acción puso en peligro sus posiciones, trataron de romper la FSM. Igualmente ha ocurrido en nuestro país: el renegado Bernardo Ibáñez Aguilera, simuló aceptar la unidad en la lucha con todos los obreros de Chile mientras no se pusieron en peligro sus intereses personales o de grupo. Tan pronto como la unidad fué un obstáculo para sus am-

biciones no sólo dividió a la CTCH, sino que a su propio partido y a la propia central sindical que él había logrado crear, engañando a un grupo de dirigentes honestos que acabaron por convencerse de su traición y felonía.

Finalmente, ser unitario y no ser sectario, no significa que no debemos combatir a los dirigentes traidores. Pero una cosa son los dirigentes traidores y otra cosa es la masa engañada por estos. Y es a esta masa que tenemos que convencerla con razones, con hechos, con demostraciones claras, sin insultos ni injurias, del engaño de que ha sido víctima.

HACIA LA UNIDAD SINDICAL

A la luz de las experiencias del Consejo de la FSM y de la CTAL, debemos estudiar el momento sindical nacional. En primer lugar, creemos que las lecciones antes dichas, son fáciles de comprender. Pero, el problema que se nos presenta, es como encarar el camino hacia la unidad orgánica de las actuales centrales y organizaciones de obreros y empleados.

Positiva ha sido la creación de los organismos que han ido agrupando a los trabajadores y que llegaron a cristalizarse en las grandes luchas que realizó el Comando contra la Especulación y las Alzas, cuya labor fuera tan valorizada en la FSM y la CTAL.

Este organismo ha dado paso al actual Comando de Obreros y Empleados, cuya labor de coordinación y de lucha es bastante notable.

Sin embargo, en este Comando no están todas las organizaciones que debieran estar. En ella faltan numerosos sectores de capital importancia para la defensa del movimiento obrero y para la defensa del bienestar de las masas trabajadoras.

¿A qué se debe esta deficiencia?

¿Quizás a falta de comprensión de algunos dirigentes del momento dramático que vive el país? ¿Quizás a que en muchos de ellos predominan el espíritu sectario o excesivo amor propio que nadie ha atacado? Si fuera esto último habría que repetir con los dirigentes de la FSM, que es mal dirigente quien pone su amor propio por encima de los intereses de las clases trabajadoras.

En todo caso, sea cual fuera la causa de esta omisión, el Comando debe recurrir a un amplio esclarecimiento entre las masas de su acción, su contenido, sus propósitos. Y los comunistas, vanguardia de la clase obrera, deben ser incansables e inextinguibles en dar a conocer la importancia de este organismo, su amplitud y la necesidad de su existencia en la hora presente.

Se deduce de lo dicho, que debemos consolidar ese Comando. Pero a la vez, de ninguna manera desestimar cualquier organización, sindicato o central, que al margen del Comando esté accionando a favor de los intereses de los obreros. Debemos llamarla o ligar nuestra solidaridad a sus luchas, hasta que sus dirigentes honrados y sus bases comprendan la amplitud que tiene el Comando de Obreros y Empleados.

La acción del Comando ha sido radicada en Santiago. Sabemos de intentos valiosos en provincias, pero que aun no cristalizan. Acelerar ese proceso unitario en todo el país es una de las tareas inmediatas.

El hecho que en el Comando estén las dos CTCH, con sus federaciones de mineros, metalúrgicos, pa-

nificadores, dulce, transporte, construcción, química, etc.; que en él estén los obreros ferroviarios de la Watt, los empleados fiscales y semifiscales, los empleados particulares, la beneficencia, municipalidad, electricistas, gas, etc., es ya una demostración evidente del deseo unitario que anima a las masas trabajadoras. Por otra parte las luchas a que están enfrentados los trabajadores del salitre, Nebraska, María Elena y Pedro de Valdivia, los conflictos de los mineros del carbón y del cobre, la huelga de los textiles y de los profesores, etc. está haciendo madurar las condiciones para la unidad orgánica de todas estas agrupaciones.

HAY QUE COORDINAR LAS LUCHAS

Si hay actualmente un serio y peligroso defecto en el movimiento sindical chileno, es la dispersión de los esfuerzos de las luchas de los asalariados. Las batallas sin coordinación que reclizan organismos de una misma industria sin el apoyo, conocimiento o solidaridad de los compañeros de la propia industria, es una grave falla. Ocurre muchas veces que los sindicatos textiles, por ejemplo, van a la lucha totalmente desvinculados y desligados de los demás sindicatos de textiles, aun cuando existen centrales que los agrupan, centrales que debieran fusionarse en una sola, empezando por dar paso a un comando unitario en la propia industria.

Algo parecido ha estado ocurriendo entre los mineros, aun cuando la gran mayoría pertenece a la Federación Minera. Por ejemplo, en la heroica huelga de los pampinos de Nebraska sostenida contra el aparato entero del gobierno y la prepotencia del todopoderoso magnate del salitre Osvaldo de Castro, esos camaradas no recibieron la ayuda efectiva de los demás trabajadores del salitre ni de otras regiones. Otro tanto ocurrió con los trabajadores de María Elena y Pedro de Valdivia, quienes a 40 días de huelga no habían recibido ni de Chuquicamata, ni de Sewell, ninguna ayuda, y muy escasa de la región del carbón. En cuanto a las provincias mismas como Valparaíso, Concepción, Valdivia, etc. la ayuda a estos trabajadores mineros ha sido sencillamente nula.

No debemos deducir que ello se ha debido a que las centrales sindicales como la CTCH, la Federación Minera, otras federaciones industriales o el Comando de Obreros y Empleados se hayan descuidado en solicitar ayuda. Ella se ha pedido, pero los dirigentes intermedios y las propias bases, no han sido conmovidas por estos llamados y estas luchas.

Si alguien pretendiera decir que determinados dirigentes son responsables de ello, caerían en un error. Los responsables somos todos. Se ha dicho que los comunistas son la vanguardia del movimiento obrero. ¿Será necesario repetir que el deber de un trabajador organizado, es ante todo solidarizar con sus compañeros de lucha?

Cuando un grupo de obreros o empleados entra en huelga, —lo hemos dicho muchas veces—, es un destacamento de Combate de la clase trabajadora que está en la primera línea de batalla. ¿Es posible que para ir en ayuda material o moral de estos camaradas tengamos que recibir una nota, después discutirla en la asamblea, sacar el acuerdo, pedir a los patronos muchas veces que descuenten una cuota y por último a veces no descontarla o descontarla

tardíamente y no llegar a tiempo con esa ayuda al destacamento en lucha?

Si hacemos un balance de los sindicatos, por industria, que han ayudado a los trabajadores del salitre en sus cuarenta días de huelga o a los trabajadores del calzado de Santiago, llegaremos a conclusiones muy poco halagadoras.

La ayuda a las huelgas ya indicadas pudieron haberse realizado en las bases, sin necesidad de tanto trámite burocrático. Habría bastado que un par de compañeros en cada sindicato, en el taller o a la salida del trabajo o del pago, (según las condiciones existentes) hubiese planteado la necesidad de aportar con un par de pesos para que todos los trabajadores lo hubiesen dado. En la mayoría de los gremios no se hizo. Que pregunten los compañeros de las Federaciones Textiles, construcción, panificadores, transportes, metalúrgica, empleados, química, etc., como han ayudado a estas huelgas y nos encontrarán razón cuando nos alarmamos ante tamaña irresponsabilidad e irresponsabilidad.

ALGUNAS CUESTIONES SOBRE LA UNIDAD ORGANICA SINDICAL

Ha llegado el momento de empezar a plantear clara y decididamente en las bases de todas las organizaciones obreras, la necesidad de ir rápidamente a la unidad orgánica del movimiento sindical.

Las grandes luchas realizadas últimamente, las demostraciones de los obreros y empleados, profesores y profesionales, en las últimas grandes concentraciones populares, nos indican que esta idea está madurando rápidamente. La convivencia de las dos CTCH en el Comando de Obreros y Empleados, las relaciones en él con los sectores sindicales en que existen dirigentes anarco-sindicalistas, radicales, social-cristianos, socialistas, comunistas y sin partido, las luchas que ha desarrollado, como asimismo los preparativos unitarios para la realización de un sólo acto el 1º de Mayo próximo, nos indican que la idea de la central única gana terreno rápidamente.

Este anhelo, nosotros debemos traducirlo a la realidad, venciendo todos los obstáculos del sectarismo, de la incomprensión, del oportunismo.

En toda batalla, en todo acto, en la creación de comités en la base para defensa de los pliegos o a favor de reivindicaciones de los trabajadores o populares, debe plantearse este anhelo.

Sin embargo, muchos desearían saber en que condiciones debemos marchar a esa unidad orgánica.

Ya lo hemos dicho, en primer lugar, al ritmo de toda lucha proletaria en que se ve la necesidad de la solidaridad y la lucha de los demás trabajadores.

Enseguida, la CTCH ya ha dicho, que ella está dispuesta a plegar su bandera de lucha heredada de la gloriosa FOCH, que creara nuestro camarada Luis Emilio Recabarren, a condición de que se efectúe un Congreso Nacional Unitario, al cual concurren las centrales de obreros y empleados actualmente existentes o que deseen concurrir, con el mismo propósito que la CTCH, de plegar sus banderas y organizar todas ellas una sola central y levantar un sólo estandarte de lucha y de unidad.

No hacemos cuestión de direcciones. El Congreso que se realice bajo la consigna de la más pura democracia sindical, elegirá democráticamente a sus

dirigentes. Somos y seguiremos siendo enemigos de que se desconozca la democracia sindical en el seno de los sindicatos. Con mayor razón repudiaremos cualquier acto que en un Congreso Nacional Unitario pueda menoscabar esos principios. No está demás que insistamos, que el sector revolucionario sindical que representamos no quiere ni pretende ser el dirigente único del movimiento sindical chileno. Ya lo hemos demostrado en la práctica en 1936, cuando se fundó la CTCH. Pero tampoco le damos ese atributo a ningún grupo ni sector doctrinario nacional. La dirección será de todos y para todos los sectores existentes en el campo obrero chileno.

Es verdad que pueden surgir problemas por el hecho de que nuestra CTCH está afiliada a la CTAL o a la FSM y que haya otras centrales que puedan tener diferente afiliación internacional, etc.

Nuestra proposición es que, democráticamente debe zanjarse esta dificultad; si es que constituye dificultad.

Sin embargo, queremos aun ser más claros y llegar más allá aún. Estamos dispuestos a discutir ese problema, incluso antes del Congreso si así se estima conveniente. Y lo hacemos indicando posiciones unitarias y libres de sectarismo. Podríamos incluso resolver, que en el transcurso de un tiempo, las bases se pronunciarán sobre el particular o en el primer Congreso después del Constituyente, comprometernos todos a acatar lo que resolviera la mayoría de los trabajadores a quienes se consultaría oportunamente.

Mientras tanto podría dejarse libertad de acción, para que las Federaciones Industriales o Sindicatos, que así lo crean conveniente por mayoría de votos, democráticamente establecida, pudieran mantener relaciones internacionales con las centrales mundiales de sus afectos. Nadie debe interferir, a excepción de los miembros de su propia organización, en esos asuntos, puesto que el internacionalismo proletario es una de las cualidades que debemos cultivar con esmero entre las clases asalariadas.

Después de las reuniones de la FSM y de la CTAL, cuyas experiencias y contenido incompleto y a grandes rasgos hemos trazado en este artículo, no podemos defraudar a los trabajadores del mundo, —conocedores de nuestras luchas, del heroísmo de nuestros militantes sindicales, de la altivez de nuestro pueblo— que esperan de nosotros positivos pasos en la unidad de acción y en la unidad orgánica del movimiento sindical chileno desarticulado por la represión y la traición de que fué víctima el pueblo chileno.

Pensamos que la etapa de las lamentaciones y de las quejas por nuestra inoperancia en los serios y formales trabajos por la unidad orgánica, deben dejar paso a la acción mancomunada y efectiva que de una vez por todas traduzca el anhelo íntimo y exteriorizado por las grandes masas obreras chilenas, que desean y necesitan esta para su grandes batallas.

Los acuerdos y conclusiones de las reuniones de la FSM y de la CTAL, nos abren ancho camino para que podamos avanzar sin temor de ninguna especie, convencidos que de lo que se trata es de forjar el acerado instrumento de lucha y combate que están reclamando urgentemente los obreros, empleados y campesinos chilenos.

La Unión Soviética: Baluarte y Abanderado de la Paz

“¿A QUE SE DEBE EL INCREMENTO DEL PESO ESPECIFICO DE LA UNION SOVIETICA ENTRE LAS MASAS DEL PUEBLO DE LOS PAISES CAPITALISTAS?”, preguntaba Stalin en el XIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, celebrado a finales de mayo de 1924. La respuesta que Stalin daba era la siguiente: “... ANTE TODO, A QUE NUESTRO PAIS ES EL UNICO PAIS DEL MUNDO CAPAZ DE SOSTENER, Y QUE EFECTIVAMENTE SOSTIENE, UNA POLITICA DE PAZ, QUE LA SOSTIENE SIN FARISEISMOS, SINO DE UNA MANERA FRANCA Y HONRADA, RESUELTA Y CONSECUENTEMENTE. AHORA TODO EL MUNDO RECONOCE, TANTO LOS ADVERSARIOS COMO LOS AMIGOS, QUE NUESTRO PAIS ES EL UNICO PAIS QUE PUEDE SER LLAMADO CON JUSTICIA “BALUARTE Y ABANDERADO DE LA POLITICA DE PAZ EN EL MUNDO ENTERO”. Stalin, Obras, tomo VI, Pág. 239. Ed. rusa (citado por A. Vishinski en el artículo “La teoría staliniana del Estado Socialista”, Moscú, 1951).

La resuelta afirmación que Stalin hacía en 1924, corresponde a la política más consecuente que el Estado de Obreros y Campesinos ha venido impulsando desde la Revolución de Octubre. Antes mismo de instaurarse el régimen de los Soviets, desde la ilegalidad, el Partido Bolchevique denunciaba la guerra imperialista, condenaba la traición de la socialdemocracia europea que hizo tabla rasa de los compromisos que tenía para luchar contra la guerra, e incitaba a las masas a transformar la guerra imperialista en guerra civil de liberación.

¿Cómo caracterizaba, en el manifiesto del 1º de noviembre de 1914, a la guerra imperialista, el C.C. del P. C. (b) de Rusia? He aquí lo que sostenía dicho documento escrito por Lenin, desde la proscripción:

“La guerra europea, preparada durante decenios por los gobiernos y los partidos burgueses de todos los países, se ha desencadenado. El aumento de los armamentos, la exacerbación extrema de la lucha por los mercados en la época de la novísima fase, la fase imperialista, de desarrollo del capitalismo en los países avanzados, los intereses dinásticos de las monarquías más atrasadas del oriente de Europa debían inevitablemente conducir y han conducido a esta guerra. Anexionar tierras y sojuzgar naciones extranjeras, arruinar a la nación competidora, saquear sus riquezas, desviar la atención de las masas trabajadoras de las crisis políticas internas de Rusia, Alemania, Inglaterra y demás países, desunir y embaucar a los obreros con propaganda nacionalista y exterminar su vanguardia a fin de debilitar el movimiento revolucionario del proletariado: he ahí el único contenido real, el significado y el sentido de la guerra presente.

“Pero cuanto mayor es el celo con que los gobiernos y la burguesía de todos los países tratan de dividir a los obreros y de lanzarlos a unos contra otros; cuanto con mayor ferocidad se aplica para este “elevado” fin el sistema del estado de guerra

“y de la censura militar (que incluso ahora, durante la guerra, persigue al enemigo “interior” mucho más que al exterior), más imperioso es el deber del proletariado consciente de salvaguardar su cohesión de clase, su internacionalismo, sus convicciones socialistas contra el desenfreno del chovinismo de la “patriótica” camarilla burguesa de todos los países. Renunciar a esta tarea, por parte de los obreros conscientes, equivaldría a renunciar a todas sus aspiraciones, emancipadoras y democráticas, sin hablar ya de las aspiraciones socialistas”. (LENIN. Obras Escogidas, tomo I, páginas 919 y 921, Ed. española, Moscú, 1948).

Entonces, como ahora, los socialdemócratas de la Segunda Internacional, se identificaron con las burguesías de sus respectivos países y les ayudaron a llevar adelante sus planes guerreristas, cuyos preparativos se habían conducido en el más inexpugnable de los secretos. Ellos “traicionaron vilmente la causa del socialismo, la causa de la solidaridad internacional del proletariado. Lejos de levantarse en contra de la guerra, lo que hicieron fué ayudar a la burguesía a lanzar a los obreros y campesinos de los Estados beligerantes unos contra otros, bajo el parbellón de defensa de la patria”. (Historia del Partido Comunista (b) de la URSS, Ed. española, página 189, Moscú, 1939).

Triunfante la Revolución de 1917, instalados los trabajadores en el poder, se presentaba a las masas victoriosas un terrible problema: conseguir la paz, conquistar, a lo menos, un armisticio que les permitiera respirar, reagrupar sus fuerzas, preocuparse de la reconstrucción económica y, sobre la marcha, crear el nuevo ejército, el Ejército Rojo. Por eso, en el artículo *Las tareas de la Revolución*, que vió la luz los días 26 y 27 de septiembre de 1917, esto es, antes de la insurrección, con previsión genial, Lenin sugería:

“El Gobierno soviético deberá proponer sin demora a todos los pueblos beligerantes (es decir, a sus gobiernos y a las masas de obreros y campesinos al mismo tiempo) la conclusión inmediata de una paz general sobre bases democráticas y,

" además, un armisticio inmediato (aunque sólo sea por tres meses).

" Estas condiciones de paz no serán bien acogidas por los capitalistas, pero despertarán en todos los pueblos un eco tan grandioso de simpatía y una explosión tan gigantesca y tan universal de entusiasmo y de indignación general contra la prolongación de la guerra de rapiña, que lo más probable es que consigamos inmediatamente un armisticio y el consentimiento a entablar negociaciones de paz. En efecto, la revolución obrera contra la guerra crece de un modo incontenible en todas partes, y lo único capaz de impulsarla no son las frases acerca de la paz (con las que todos los gobiernos imperialistas, incluyendo a nuestro gobierno de Kerenski, vienen engañando ya desde hace mucho tiempo a los obreros y campesinos), sino, únicamente, la ruptura con los capitalistas y la proposición de la paz". (LENIN, Obras Escogidas, tomo II, páginas 152-3, Ed. española, Moscú, 1948).

El Segundo Congreso de los Soviets de Diputados, Obreros y Soldados de toda Rusia, reunido en Petrogrado los días 25 y 26 de octubre de 1917, consideró, en su debido lugar, las tesis de Lenin sobre la paz y les prestó plena aprobación, poniéndolas inmediatamente en práctica. En el informe pronunciado por Lenin vertió conceptos que cobran ahora plena vigencia y actualidad:

" El gobierno considera la paz inmediata, sin anexiones, (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación de pueblos extranjeros por la fuerza) y sin indemnizaciones, como una paz justa y democrática, como la que ansía la aplastante mayoría de la clase obrera y de los trabajadores de todos los países beligerantes, agotados, atormentados y martirizados por la guerra, la paz que los obreros y campesinos rusos han reclamado del modo más categórico y tenaz después del derrocamiento de la monarquía zarista".

" El gobierno pone fin a la diplomacia secreta, manifestando su firme resolución de llevar todas las negociaciones a la luz del día, ante el pueblo entero, y procediendo inmediatamente a la publicación íntegra de los tratados secretos, ratificados o concertados por el gobierno de los terratenientes y capitalistas".

" Los gobiernos y los pueblos están en desacuerdo en todas partes, y por eso debemos ayudar a los pueblos a intervenir en el problema de la guerra y de la paz".

" Combatimos el engaño de los gobiernos, que, de palabra, son todos partidarios de la paz y de la justicia, pero que, de hecho, sostienen guerras de conquistas y de rapiña. Ningún gobierno dirá todo lo que piensa. Pero nosotros estamos en contra de la diplomacia secreta y actuaremos a la luz del día, ante todo el pueblo". (LENIN, Obras Escogidas, tomo II, Ed. española, páginas 284 y siguientes, Moscú, 1948).

Sobre los antecedentes históricos que preceden, la Unión Soviética pudo demostrar ante todos los pueblos del mundo que en el orden internacional ella tiene una sola política: la política del respeto a la au-

todeterminación de los pueblos; la política del progreso y del bienestar para las grandes mayorías nacionales, supeditadas hasta ahora por minorías caudaces y privilegiadas; la política del desarme y de la paz.

Por su propia estructura y naturaleza, el Estado soviético es enemigo de toda guerra de conquista, de toda anexión territorial, de toda agresión armada, de todo imperialismo económico, de todo vasallaje político. Esta política la ha practicado firme y consecuentemente en el curso de los 34 años que lleva cumplidos la revolución. Si bien los pueblos de todo el mundo respaldan esta conducta y comprenden que ella es la única compatible con el Estado Socialista, en cambio, el imperialismo angloamericano se ha declarado enemigo a muerte de esta posición y mantiene toda una campaña sistemática de calumnia y de infamias para impedir que prevalezca y para que la parte menos politizada de los pueblos siga confundida y mantenga en pie una serie de reservas mentales contra la URSS.

Los acontecimientos de los últimos años, a partir de la cobarde agresión que el nazifascismo germano lanzó contra la patria de Lenin, y la forma cómo el Estado, el pueblo y el ejército soviéticos —que no son sino partes de una misma sociedad monolítica—, respondieron heroicamente, salvando con su abnegación y sacrificio la democracia y la libertad para todo el mundo, valen por encima de todos los argumentos especiosos y monsergas desacreditadas que sigan levantándose, como polvareda que el viento de la verdad termina por disipar.

Luego, la ayuda inapreciable que la Unión Soviética ha prestado a los países de democracia popular, impidiendo que caigan abatidos por las provocaciones de los traidores y de los imperialistas y que sean asfixiados por el bloqueo económico lanzado contra ellos, le ha valido, igualmente el reconocimiento de los hombres dignos y amantes de la paz de toda la tierra.

Pero en lo que no pueden haber opiniones encontradas, es en el hecho de admitir que la fortaleza de la URSS y su insobornable política de paz, es lo que ha impedido hasta el día de hoy que los imperialistas desencadenen la tercera guerra mundial, que han venido preparando sobre los rescoldos de la segunda, como esos fumadores empedernidos que prenden el nuevo cigarrillo sobre el que todavía tienen entre los labios, a medio consumir.

El Estado soviético ha venido denunciando implacablemente en el seno de la ONU las peligrosas y criminales maniobras de los imperialistas. Al desenmascararlos y ponerlos en evidencia ante la opinión mundial, se ha logrado desbaratar, en gran parte, su política agresiva y guerrera, ganando para la causa de la paz la conciencia de los pueblos y movilizándolos de una manera resuelta y activa contra los factores de la guerra.

No menos de la mitad del género humano se ha pronunciado, en forma de plebiscitos inequívocos, contra el empleo de las armas atómicas, en favor de la conclusión de un pacto de paz entre los cinco grandes, por el desarme progresivo, por la libre convivencia entre los pueblos, contra las barreras y discriminaciones de tipo económico y en favor de los pueblos coloniales que luchan por su independencia y por la libertad.

Esta gigantesca movilización de la humanidad ha confirmado, experimentalmente, la razón que asistía al camarada Stalin cuando exhortó a los hombres a luchar por la paz, mediante el histórico llamamiento, en el cual expresó: "La paz se mantendrá y se consolidará, si los pueblos toman en sus manos la causa del mantenimiento de la paz y la defienden hasta el fin".

La provocación infame del imperialismo yanqui contra el heroico pueblo de Corea, al que quiso convertir en un polvorín cuyas llamas habían de abarcar la tierra entera, también se ha frustrado no sólo gracias a la capacidad combativa del pueblo coreano que se ha desangrado luchando por su soberanía y por su dignidad como nación, antes que doblar las rodillas, sino que por la solidaridad que encontró en los demás pueblos de la tierra, particularmente en el pueblo chino, cuyos voluntarios han contribuido a poner a raya a los incendiarios y asaltantes, dando por tierra, nada menos, que con el más feroz de los caníbales norteamericanos, el tenebroso general Douglas Mac Arthur. Justamente, fué la indomable voluntad de paz expresada por los pueblos y el repudio mundial la que detuvo la mano de Truman antes que firmara la autorización para arrojar la bomba atómica en Corea. Y en este mismo momento, cuando los bandidos del Departamento de Estado han empleado la guerra bacteriológica en Corea, Norteamérica ha sido sentada en el sillón de los acusados y tendrá que responder de sus crímenes y depredaciones ante el tribunal de los pueblos. No valdrán excusas, explicaciones ni evasivas que nadie cree por el contenido de hipocresía y de cinismo que las caracteriza: todos saben de dónde parte la provocación, quién es el enemigo de la paz y hasta dónde puede llegar en sus incursiones de piratería y agresión.

Lo importante es que la humanidad entera sepa distinguir, sin peligro de confusión, cuál es el campo de la paz y del socialismo y dónde se halla el campo de la guerra imperialista, del vasallaje económico y de la esclavitud política. Esto ha servido formidablemente para que todos los hombres del mundo se definan y tomen posiciones y para que el número de los partidarios de la paz crezca considerablemente en todas las latitudes del universo hasta constituir una fuerza gigantesca y una militancia dinámica capaz de mantener en su cúbil al monstruo de la guerra y a la fiera imperialista.

De ningún modo quiere decir que el peligro de guerra ha pasado y que la batalla está definitivamente ganada por los partidarios de la paz. Sería candoroso sostener una conclusión semejante: candoroso y suicida. Apreciando la actual correlación de fuerzas, sin subestimar las del adversario, hay que admitir que los peligros de guerra son actualmente menores que hace unos meses atrás, cuando la tensión internacional parecía que no tenía otra desembocadura que la conflagración inminente e inevitable. Pero esta misma constatación debe afianzar el juicio de que se necesita mantener viva la vigilancia y, siempre en pie la movilización de los partidarios de la paz. Aunque haya sido ganada la primera batalla, queda todavía mucho camino por recorrer antes que se pueda cantar victoria.

Afirman los imperialistas que únicamente por razones políticas y de propaganda la Unión Soviética se mantiene en el campo de la paz, y no faltan quie-

nes sostengan también que es su "debilidad económica y militar" la que la obliga a pronunciarse en los términos que el mundo conoce.

Nada más falso. Si hay un Estado que tenga conciencia de su poderío, es el Estado Soviético, pero al mismo tiempo tiene una alta conciencia de su responsabilidad y del papel que juega en el actual equilibrio mundial. No hay un pueblo en toda la tierra que sea tan amante de la paz como la URSS. Y este pueblo no sólo quiere la paz para sí, sino que la quiere para todos los otros pueblos del universo. Quiere la paz, el progreso y el bienestar. Así como el Estado socialista no afianza su desarrollo industrial ni su poderío en la explotación de pueblos débiles ni en el saqueo de las materias primas de otras naciones, lo que significa decir que la URSS repudia la explotación de unos pueblos por otros, como abortó la explotación del hombre por el hombre, repudia también todas las manifestaciones del imperialismo y del colonialismo que sufren sobre sus espaldas los pueblos dependientes y sometidos al yugo de los truts norteamericanos, ingleses, franceses, holandeses o españoles. En una palabra, la URSS está contra toda supervivencia del imperialismo y de la esclavitud.

Esta tesis no es solamente sostenida por el Estado soviético, como tal, sino que compartida por cada uno de los doscientos millones de seres que pueblan aquel vasto territorio. Todos y cada uno de los hombres y mujeres soviéticos son amantes de la paz y activos partidarios de la paz. Quieren la paz para su patria y para el resto de los habitantes de la tierra. En la URSS está prohibida y sancionada la propaganda de guerra tal como lo pidió a los Parlamentos del mundo el Segundo Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, efectuado en Varsovia. Cuando el diputado y escritor N. S. Tijonov, presidente del Comité Soviético de Defensa de la Paz, fundamentó ante el Soviet Supremo de la URSS el proyecto de ley para condenar la propaganda de guerra, dijo en partes de su discurso:

" ¿Por qué en cualquier Estado, cualquier hombre que incite al asesinato de otro hombre es castigado con todo el rigor de la ley, mientras el promotor de guerra, que incita a atacar a otros países y a exterminar pueblos enteros, goza de plena libertad para emitir y propagar en la prensa sus ideas de odio al hombre?"

" En el país soviético no hay campo para la propaganda de una nueva guerra. La vida íntegra de los hombres soviéticos se basa en principios absolutamente distintos que la vida de la población de los países del imperialismo. Todo el género de vida de los hombres soviéticos excluye cualquier posibilidad de prédica del homicidio y del ataque a otros pueblos... Su vida es feliz y razonable. El hombre soviético consagra todo su talento al pueblo natal, al país natal. Está dedicado al pacífico trabajo creador, a la construcción cultural, a la ciencia, al arte".

" La aprobación de la Ley de Defensa de la Paz por el Soviet Supremo de la URSS será una nueva demostración del amor a la paz del pueblo soviético, un nuevo testimonio de nuestros designios pacíficos. La aprobación de esta Ley será un golpe contundente contra todos los malvados propagandistas

"de guerra, contra todos los que odian al hombre, contra todos los servidores venales de los agresores imperialistas, que viven de calumniar a los pueblos pacíficos. La aprobación de la Ley de Defensa de la paz, será una nueva aportación del Estado Soviético a la defensa de la paz, a la defensa de las mejores conquistas de la humanidad en la lucha contra la reacción tenebrosa y feroz que empuja a los pueblos a la sima de una nueva catástrofe mundial".

No se necesita invocar opiniones individuales, que se vierten a torrentes, en todos los momentos y ocasiones en la Unión Soviética para admitir que la suma de los ciudadanos, sin una sola excepción, están consagrados al trabajo pacífico y creador y, en el fondo de su conciencia, no anhelan otra cosa que la humanidad se sacuda de la horrible pesadilla de la guerra. Sin embargo, acaso sea útil aludir al caso del carpintero octogenario, Fiodór Polovinkin, quién, durante la Tercera Conferencia de la URSS, de Partidarios de la Paz, celebrada en Moscú en noviembre pasado, expresó: **"Nosotros los soviéticos somos hombres demasiado ocupados; no tenemos tiempo para guerrear"**...

Un ágil periodista soviético, D. Zaslavski, comentando el caso de este anciano obrero que perdió a tres de sus hijos en la guerra patria, a los cuales había dado educación superior, se refería a él presentándolo como uno de los grandes acontecimientos del año 1951. "Su larga existencia —decía— ha pasado por dos sistemas sociales: el capitalismo y el socialismo. Bajo el capitalismo, envejeció en sus años juveniles; bajo el socialismo, ha rejuvenecido en sus años viejos". ¡Sólo en la URSS se puede presentar este fenómeno de gente que no advierte la vejez, que no le queda tiempo para envejecer, porque no viven abrumados bajo pensamientos pesimistas ni obsesionados por la idea de la enfermedad, de la cesantía, de la miseria o de la muerte!

La vanguardia más consecuente del ejército de luchadores por la paz, los comunistas, debe saber corresponder a la política de paz de la Unión Soviética, orientando, a sus respectivos pueblos, hacia el intercambio, hacia la amistad con la URSS, hacia las relaciones de toda la humanidad progresista con el país del socialismo. Mientras el imperialismo monta en el caballo apocalíptico del histerismo bélico y pierde los estribos procurando, inútilmente, aislar a Rusia y al mundo socialista, cercarlos con un anillo de hierro, preparando el asalto y la agresión contra la ciudadela soviética, las masas necesitan y deben comprender dentro de un internacionalismo proletario bien entendido y mejor practicado, qué se hace necesario derrotar la política de guerra y estrechar la alianza con la URSS estimulando el intercambio económico, cultural y científico con ella y estableciendo relaciones diplomáticas.

Chile, por obra de la traición del gobierno actual, tiene una deuda contraída con la patria de Lenin y

de Stalin: esta deuda no es otra que desagradarla por las gratuitas ofensas inferidas el año 1947 a la representación diplomática soviética acreditada ante nuestro país, mientras el Embajador chileno ante el Kremlin, Cruz Ocampo, se transformaba en un verdadero provocador al servicio de los yanquis, con vista al descrédito del régimen socialista.

Hace pocas semanas se realizó en Moscú la Conferencia Económica Mundial en que tomaron parte 450 delegados en representación de cuarenta naciones, entre ellas, Estados Unidos e Inglaterra, demostrando que es posible la coexistencia de los dos regímenes. Economistas y hombres de negocio de todo el mundo, cambiaron ideas sobre la necesidad de reanudar el comercio entre el Este y el Oeste, sin discriminación alguna, pasando por encima del bloqueo declarado por el imperialismo yanqui para llegar a monopolizar el comercio mundial y a conservar su hegemonía exclusiva sobre las materias primas y sobre los mercados. Los resultados positivos de esta conferencia no se dejarán esperar. Los pueblos de Europa Occidental e incluso muchos capitalistas, saben muy bien que se agudizará la crisis en que se debaten si no logran la reanudación inmediata del comercio con Rusia, con China y con las democracias populares: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Alemania Democrática y Albania. Y si esto lo saben los capitalistas de Inglaterra, de Francia, de Italia y de Holanda, ¿qué podría decirse acerca de las ventajas que para los países dependientes y semicoloniales de América Latina significa entablar comercio con aquellas naciones para zafarse de la órbita del dólar, de los precios viles, de la explotación inhumana a que las empresas yanquis tienen sometidos a los trabajadores nativos? Las relaciones comerciales y diplomáticas con la Unión Soviética y los otros pueblos enumerados, no representan sino ventajas y ganancias desde todo punto de vista: su perspectiva no es otra que el progreso el afianzamiento de la soberanía de nuestras naciones.

Pero la oligarquía chilena es impermeable y al gobierno actual le amarran compromisos tan fuertes con el imperialismo yanqui, que ni la una ni el otro aceptarían voluntariamente volver sobre los pasos y poner al país sobre los carriles del progreso y de la independencia. Serán únicamente las masas las que, bajo su presencia combativa, logren cambiar las condiciones actuales y abrir mejores perspectivas para el pueblo. De esto se trata: de desatar a través de todo Chile un movimiento gigantesco que conduzca al país, como en 1945, al establecimiento de relaciones en todo orden de cosas con la Unión Soviética. De este modo, se afianzarán las columnas de la paz y se abrirá la senda del progreso y de la independencia a nuestro país. ¡Quedan, planteadas una tarea de honor y una consigna suprema que las masas sabrán llevar a la victoria!

Una Fecha Gloriosa de la Historia del Brasil

(EL XXX ANIVERSARIO DEL PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL)

JORGE AMADO

El pueblo brasileño ha conmemorado el 25 de marzo de 1952 una fecha de la más alta significación, el XXX aniversario de la fundación del Partido Comunista del Brasil. Hijo de las luchas del proletariado brasileño y de la gran victoria de la Revolución de Octubre, el Partido Comunista del Brasil es hoy una de las fuerzas más importantes de la paz y de la democracia en todo el continente americano.

★

La aurora de la libertad que despuntó sobre el mundo en octubre de 1917, encendida por el genio poderoso de Lenin y Stalin, iluminó los más alejados países e hizo nacer la esperanza en el corazón de millones de trabajadores. La Gran Revolución Socialista de Octubre tuvo inmensa repercusión en el Brasil. A su influjo, en 1917 se inició en el país una ola de huelgas, marcando la aparición de la clase obrera en el escenario político del Brasil. El movimiento huelguístico, que se extendió por los centros industriales más importantes del país, duró hasta 1919 y culminó en la huelga general de Río de Janeiro. El movimiento huelguístico enseñó al proletariado que sin un partido marxista consecuente que le dirigiera, no podría conseguir victorias concretas en su lucha.

Desde 1921 comenzaron a unirse los grupos dispersos de comunistas, y el 25 de marzo de 1922 surgió el Partido Comunista del Brasil, para tener una actividad legal de cuatro meses apenas. Declarado ilegal, el Partido vivió 23 años en la más rigurosa clandestinidad y solamente en 1945, como consecuencia de las victorias del Ejército Soviético sobre los agresores nazis, conquistó la legalidad. Ese período de actividad legal duró menos de dos años, desde mayo de 1945 hasta marzo de 1947. Obligado a volver a la clandestinidad, el Partido continuó dirigiendo la lucha del pueblo brasileño por la paz y por la liberación nacional.

En estos treinta años de existencia, el Partido se ha transformado en el centro de la vida política del Brasil, ha agrupado en torno suyo a las amplias masas de la clase obrera, ha despertado para la lucha a las masas campesinas y ha incorporado a la labor activa a los intelectuales patriotas y antimperialistas. Al ser puesto de nuevo en la ilegalidad en 1947, el Partido Comunista del Brasil era ya fuerte: tenía más de 200.000 miembros.

Desde su fundación, el Partido viene dirigiendo consecuentemente la lucha del proletariado y del pueblo brasileño contra el yugo imperialista, contra el sistema semifeudal de latifundio y por la democracia. En 1934, bajo la inspiración del Partido, se reunió en Río de Janeiro el Primer Congreso Antiguerrero, que denunció los planes agresivos del fascismo. En ese mismo año, Luis Carlos Prestes retornó del exilio y, bajo su dirección, el Partido organizó el gran movimiento de masas, antimperialista, antifeu-

dal y antifascista, la Alianza Nacional Libertadora, que habría de conducir posteriormente al pueblo brasileño a las heroicas luchas insurreccionales de noviembre de 1935 en Río Grande do Norte, Pernambuco y Río de Janeiro. Por primera vez en la historia de América, la clase obrera, con sus aliados, asumió entonces el Poder con la formación del Gobierno revolucionario-poblador en Río Grande do Norte.

La insurrección fué derrotada y Prestes encarcelado. Se inició un período de salvajes represiones contra el movimiento obrero y contra el pueblo brasileño. El sanguinario dictador Vargas, que dió en 1937 un golpe de Estado, impuso al país una Constitución fascista y se lanzó a la tentativa de liquidar todas las organizaciones democráticas y, especialmente, el Partido Comunista.

A lo largo de todos esos años, el Partido Comunista dirigió abnegadamente la lucha de las masas contra la dictadura fascista. Durante dos años de existencia legal (1945-1947), el Partido se alzó como el enemigo más irreconciliable del imperialismo norteamericano. En las elecciones del 2 de diciembre de 1945, el Partido Comunista consiguió cerca de 600.000 votos, conquistando 17 puestos en el Congreso. Por boca del camarada Prestes (libertado en 1945 después de diez años de prisión y elegido senador por el proletariado de Río de Janeiro), en su gran discurso del 26 de junio de 1946 en la Asamblea Constituyente, el Partido denunció los planes bélicos del imperialismo norteamericano y declaró que el pueblo brasileño no empujará jamás las armas contra la Unión Soviética.

En enero de 1948, nuevamente en la ilegalidad, el Partido lanzó un manifiesto de gran importancia, que dió comienzo al movimiento de masas del pueblo brasileño por la paz y la liberación nacional. El pueblo respondió a los llamamientos del Partido redoblando la lucha contra el yugo imperialista y la reacción interior por medio de grandes huelgas y manifestaciones de masas.

★

En agosto de 1950, el camarada Prestes, en nombre del Partido, lanzó el histórico Manifiesto de Agosto con el programa del Frente Democrático de Liberación Nacional, instrumento del pueblo brasileño en la lucha por la paz, contra la colonización imperialista de nuestro país y por el establecimiento del régimen de democracia popular. "Nuestro pueblo —se decía en el manifiesto— se halla ante un dilema que se hace cada vez más agudo y evidente. La paz o la guerra, la independencia o la colonización total, la libertad o el terror fascista, el progreso o la miseria y el hambre para las grandes masas trabajadoras. O el pueblo toma los destinos de la nación en sus propias manos para resolver de manera práctica y decisiva sus problemas fundamentales o se

somete a la reacción fascista, a la creciente dominación del imperialismo yanqui, a la ignominia de la peor esclavitud, que le llevará a la más infame de todas las guerras".

El programa del Frente Democrático de Liberación Nacional formuló unas reivindicaciones, sobre la base de las cuales es posible la amplia unidad de todos los demócratas y patriotas brasileños en torno a sus puntos fundamentales: a) lucha por la paz; b) lucha por la democracia; c) por la confiscación de los capitales de los monopolios norteamericanos; d) por la liquidación del feudalismo, a través de la confiscación de los latifundios, de la reforma agraria y de la liquidación de las deudas de los campesinos; e) por el establecimiento de un Gobierno democrático-popular, único capaz de aplicar el programa del Frente Democrático de Liberación Nacional.

El manifiesto tuvo calurosa acogida en el seno del pueblo brasileño, especialmente entre las masas obreras y campesinas. Contribuyó a ampliar y profundizar el movimiento de la paz, ya que grandes capas de la población comprendieron entonces la íntima ligazón existente entre la lucha por la paz y la lucha por la liberación nacional. A pesar de la brutal represión policiaca, fueron recogidas 4.200.000 firmas para el Llamamiento de Estocolmo. El movimiento de la paz, que fue declarado ilegal en 1949, conquistó nuevamente la legalidad.

La impetuosa lucha del pueblo brasileño, dirigido por el Partido Comunista, no ha permitido hasta ahora a los gobiernos de Dutra y de Vargas satisfacer las demandas, cada vez más imperiosas, de sus amos yanquis, que exigen el envío de la juventud brasileña a morir sin gloria en Corea. En el país se desarrolla actualmente una gran campaña nacional contra la remesa de tropas a Corea, en la que participan patriotas de las más diversas tendencias, destacándose las mujeres y los jóvenes. Esta campaña, que se caracteriza por las vigorosas luchas de masas, ha conseguido ya importantes victorias, como la liberación de la partidaria de la paz Elisa Branco, que en 1950 había sido encarcelada y condenada a cuatro años de prisión por desplegar ante un desfile militar un cartel en el que se leía: "Los soldados, nuestros hijos, no irán a Corea".

La lucha contra el envío de tropas a Corea se liga a la campaña por un Pacto de Paz entre las cinco grandes potencias. Han sido ya recogidas cerca de cuatro millones de firmas, que expresan la poderosa voluntad de paz del pueblo brasileño. El movimiento de los partidarios de la paz se propone rebasar la cifra de cinco millones de firmas. El III Congreso Nacional de Partidarios de la Paz, celebrado en noviembre de 1951, constituyó un gran éxito. Fue precedido de diversos Congresos regionales, que revelaron la ampliación del movimiento, y del IV Congreso de Escritores Brasileños, que aprobó una resolución de apoyo a la campaña en favor de un Pacto de Paz.

★

Al mismo tiempo que lucha por la paz, el pueblo brasileño lucha por la democracia. El Gobierno, que ha resucitado la "Ley de Seguridad" del "Estado Nuevo" (así llamó Vargas a su régimen fascista.— N. de la R.), intenta asfixiar todo el movimiento obrero, democrático y pro paz. Vargas, continuador de la po-

lítica antipopular y antinacional de Dutra, persigue, encarcela, procesa y condena a los dirigentes de las luchas obreras y populares. En su miedo al pueblo el Gobierno recurre a los medios de represión más brutales, incluso al asesinato de los activistas del movimiento. A principios de febrero último fué asesinado en la ciudad de Barra Mansa (Estado de Río de Janeiro) el partidario de la paz Julio Cajazeiras cuando recogía firmas al pie del Llamamiento exigiendo un Pacto de Paz. Cerca de 40 activistas del movimiento de partidarios de la paz, entre los que figuran dos mujeres, han sido asesinados por el Gobierno Dutra y durante los primeros tiempos del Gobierno Vargas. Ha sido montado un menstuoso proceso contra Luis Carlos Prestes y otros dirigentes comunistas.

No obstante el terror salvaje, el pueblo brasileño redobla la lucha por las libertades democráticas. El pueblo guarda y defiende a Prestes, a cuya caza se han lanzado los sabuesos policiacos en todo el país. El pueblo exige que sea archivado el infame proceso que se ha incoado a Prestes y, al mismo tiempo, lucha por la amnistía para los presos políticos, contra el proyecto de una nueva "Ley de Seguridad", por el respeto a las libertades públicas, por la libertad sindical, por el derecho de reunión y de asociación. Toma impulso la campaña exigiendo que se declare nuevamente legal al Partido Comunista, a favor de lo cual se han manifestado personalidades de las más diversas tendencias. El pueblo se opone enérgicamente a las tentativas del imperialismo norteamericano de implantar en el país un régimen fascista, que le permitiría aplastar la resistencia popular a los planes bélicos y de colonización de nuestra Patria, dictados en la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de los países de América, reunida en Washington en 1951.

★

Respondiendo al Manifiesto de Agosto del Partido Comunista, las masas populares han intensificado la lucha por mejores condiciones de vida, desencadenando huelgas y movimientos colectivos de protesta. Tales son, por ejemplo, la huelga declarada en diciembre del año pasado por los trabajadores de las líneas aéreas, que fué general y nacional y paralizó todo el sistema de transporte aéreo del Brasil; la huelga general de los metalúrgicos de San Paulo, y las de los bancarios de San Paulo, Minas, Pará y Río Grande do Sul, de más de dos meses de duración. Tales son también las recientes luchas populares contra la carestía en Minas Geraes, en el Estado de Río y en Río Grande do Sul.

Se amplía y se refuerza la lucha contra el avasallamiento de nuestra economía por el imperialismo yanqui y en defensa de las riquezas nacionales, especialmente en defensa del petróleo, sobre el que pende la amenaza de ser entregado por Vargas a la Standard Oil.

El pueblo brasileño, explotado brutalmente por el imperialismo yanqui, vuelve sus ojos con amor y esperanza hacia la Unión Soviética, la gran patria del socialismo y de la paz. El pueblo brasileño sabe que el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales con la URSS y los países de democracia popular es un importante factor para el desenvolvimiento independiente del Brasil, para el progreso y

el florecimiento de nuestra economía. A ello se debe que en el Brasil se registre actualmente un amplio movimiento de opinión en favor del restablecimiento de las relaciones con la URSS, que es apoyado incluso por destacadas figuras de las clases dominantes.

Gana fuerza la lucha de los campesinos contra los terratenientes, aliados principales del imperialismo en nuestro país. Inspirados por el Manifiesto de Agosto del Partido Comunista, los campesinos brasileños comienzan a luchar valientemente contra el régimen latifundista, contra la política de gradual aniquilamiento físico de poblaciones enteras. En algunos Estados del Este del país se han celebrado Congresos regionales de campesinos. Últimamente se han declarado una serie de huelgas campesinas exigiendo mejores contratos de arrendamiento de las tierras. En algunos puntos del país se han producido incluso acciones armadas de los campesinos, de las que es ejemplo típico la lucha armada que libraron durante varios meses los campesinos de Porecatú, en el norte de Paraná, en defensa de sus tierras amenazadas por los grandes terratenientes.

El Partido Comunista del Brasil es el inspirador y el creador de los Comités Democráticos de Liberación Nacional, instrumentos para la conquista del Poder popular y para la formación de un Gobierno democrático-popular que sustituya a la actual dictadura feudal-burguesa, dócil al imperialismo de los Estados Unidos. El Partido moviliza a las grandes masas del pueblo brasileño para la lucha contra la política de colonización y de guerra del imperialis-

mo norteamericano, para la lucha por la paz, la democracia y la liberación nacional.

★

Guiándose por la doctrina leninista-stalinista, el Partido Comunista del Brasil se refuerza orgánicamente, política e ideológicamente. Mejora su composición social y desarrolla una amplia actividad de educación ideológica, formando nuevos cuadros capaces de aplicar su línea política y de orientarse en las condiciones creadas para la lucha, cada vez más aguda. Recientemente, el Partido ha acordado publicar en portugués las Obras del camarada Stalin.

Al frente del Partido se encuentra una dirección probada en duras luchas, fiel a los principios del internacionalismo proletario, a la Unión Soviética y al guía de los trabajadores del mundo entero, camarada Stalin. Es la dirección formada y educada por el Secretario General del Partido, camarada Luis Carlos Prestes: Caballero de la Esperanza del pueblo brasileño, símbolo de la lucha de liberación nacional de los pueblos de América Latina y héroe legendario del pueblo brasileño.

Dirigido por Prestes, educado en la doctrina de Lenin-Stalin, templado en treinta años de lucha y fuerte por el amor y el apoyo fervoroso de los trabajadores y del pueblo, el Partido Comunista del Brasil está plenamente decidido a conducir al pueblo brasileño a la victoria definitiva sobre las fuerzas del imperialismo y de la reacción interna, a la victoria de la causa de la paz y de la liberación nacional.

Hijo del Salitre marca rumbo en la novela chilena

La novela "Hijo del Salitre", de la cual es autor el camarada Volodia Teitelboim, es una expresión de los progresos que ha alcanzado el movimiento social de nuestro país que ha forjado y está forjando grandes escritores que abrazan la noble causa del pueblo.

En "Hijo del Salitre", novela inspirada en la heroica vida del Presidente de nuestro Partido, camarada Elías Laferte, aparece el proletariado chileno con sus luchas, sus sufrimientos y sus esperanzas.

En sus páginas, llenas de dramatismo, surge la inícuca explotación humana en las oficinas salitreras, la obscura vida de los trabajadores bajo el yugo imperialista. Pero no se queda ahí. Muestra, al mismo tiempo, la luz que los ilumina, sus combates de clase, sus luchas, sus sueños. Y entonces, no aplasta, no sumerge al lector en un mundo sin sentido y sin salida, sino que le inyecta odio en un régimen decadente y mayor fe en el combate de quienes luchan por el advenimiento de una sociedad más justa y más humana.

Para los novelistas chilenos, Volodia Teitelboim, con su "Hijo del Salitre" marca un rumbo claro: el de entregarse enteramente a la causa del pueblo, conviviendo con él, luchando diariamente por él y haciendo de la novela un arma formidable en este combate.

"Principios" recomienda su lectura y difusión en los más amplios sectores democráticos.

El Manifiesto Comunista de Marx y Engels

En el Día Internacional de los Trabajadores —el Primero de Mayo—, "Principios" publica el primer grito del internacionalismo proletario: el Manifiesto Comunista que redactaron Marx y Engels por encargo de "La Liga Comunista Internacional".

El Manifiesto Comunista, publicado hace 104 años, contiene los fundamentos esenciales del socialismo científico. Es una de las obras fundamentales del marxismo, cuya lectura y estudio recomendamos a todos los militantes y, muy especialmente, a los que han ingresado en los últimos años a nuestras filas y no han tenido ocasión de conocerlo.

Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista: ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante del comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres (1) los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día (2), es una historia de lucha de clases.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta; en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación re-

(1) En el segundo Congreso de la Liga Comunista, reunido del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847.

(2) Es decir, hablando en términos precisos, toda la historia "escrita". En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a la historia escrita, es casi totalmente desconocida. Posteriormente, vinieron las investigaciones de Haxthausen a descubrir la propiedad colectiva de la tierra en Rusia; Maurer demostró que ese régimen de propiedad fué el tronco social de donde se derivaron históricamente todas las ramas alemanas y, poco a poco, fué descubriéndose que los municipios campesinos organizados en régimen de propiedad colectiva del sue-

volucionaria de todo el régimen social, o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de **estamentos** (3) dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercancías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atí-

lo, habían sido la forma primitiva de la sociedad desde la India hasta Irlanda. Por último las investigaciones de Morgan, coronadas por el descubrimiento el verdadero carácter de la "gens" y de su posición dentro de la tribu, pusieron al desnudo, en su forma típica, la organización interna de esta sociedad comunista originaria. Al disolverse estas comunidades primitivas, es cuando comienza a escindirse la sociedad en clases especiales, enfrentadas las unas con las otras. (Nota de F. E., adicionada en 1890).

(3) Llámese "estamento" a una "clase" colocada en una situación jurídica especial, ya consista la singularidad en privilegios o restricciones.

zando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición.

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios vieron desplazados por la clase media industrial y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fué suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller.

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez estos progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, que la moderna burguesía es como fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.

A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la "comuna" (1) una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios, se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros, forma el tercer Estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, del dinero constante y sonante que no

(1) Así llamaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus municipios, después de arrancar a sus señores feudales, comprándoselos o por la fuerza, sus primeros atributos de autonomía. (F. E.)

tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero, y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, a un régimen de explotación velado por los cenales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación.

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.

La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares (1).

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media, tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló, no supimos cuanto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incessantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones incommovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes amida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen

(1) Cfr. Marx, "Zur Judenfrage", 1844 (Obras completas, ed. del Instituto Marx-Engels, 1927, I, pág. 803): "El dinero humilla a todos los dioses del hombre y los convierte en una mercancía... Hasta el mismo amor, la relación entre hombre y mujer, se trueca en un objeto comerciable".

a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida, no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las libertades locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más criscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización; es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

La burguesía somete al campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en menos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por el mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fe-

cundada por el trabajo del hombre yaciesen soterrados tantos y tales energías y elementos de producción?

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstaculizaban la producción en vez de fomentarla. Habíanse convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre competencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar los crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis, se desata una epidemia social que a cualesquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosa para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras. Destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas, y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo, y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta por tanto a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo, (1), equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más aumenta la maquinaria y la división del trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aun; cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo; tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rcosos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contramaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indigno, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, mayor también la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente, ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste.

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños in-

(1) Expresión empleada aquí en el sentido de lo que más tarde, con frase más precisa, habrá de llamar Marx "fuerza de trabajo".

dustriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben, arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado.

El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio, son obreros aislados, luego los de una fábrica, luego los de toda una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación ya enterrada del obrero medieval.

En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa.

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia cada vez más aguda desatada entre la burguesía y las crisis comerciales que desencadenan, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada vez día más veloces del maquinismo, aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes, para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando, estallan revueltas y sublevaciones.

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contac-

to, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaban siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años.

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros; pero avanza y triunfa siempre a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y, aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. La burguesía lucha incansablemente: primero, contra la aristocracia, luego contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países. Para librar estos combates, no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo, le suministra elementos de fuerza: es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o, a lo menos, los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito, rompen la marcha los intelectuales burgueses que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derroteros.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud, no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia, para abrazar la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de

su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anida otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás.

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habrían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder.

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Más, para poder oprimir a una clase, es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vio exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues, lejos de manejar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depauperaba, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad, e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio

que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital y éste, a su vez no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tiene por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distinguen de los intereses generales del proletariado.

No profesan principios especiales con los que aspiran a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todos y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el alcate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que se ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del poder.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vivida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Las condiciones que forman el régimen de la propiedad han estado sujetas siempre a cambios históricos, a alteraciones históricas constantes.

Así por ejemplo, la Revolución francesa abolió la propiedad feudal para instaurar sobre sus ruinas la propiedad burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de propiedad de la burguesía.

De esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros.

Así entendida, sí pueden los comunistas resumir su teoría en esta fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humanos; esa propiedad, que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia.

¡La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humanos! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño labriego, precedente histórico de la propiedad burguesa? No; esa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya y lo está haciendo a todas horas.

¿O queréis referiros a la moderna propiedad privada de la burguesía?

Decídnos: ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletariado, le rinde propiedad? No, ni muchos menos. Lo que rinde es capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que sólo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado para hacerlo también objeto de su explotación. La propiedad, en la forma que hoy presenta, no admite salida a este antagonismo del capital y el trabajo asalariado. Detengámonos un momento a contemplar los dos términos de la antítesis.

Ser capitalista es ocupar un puesto, no solamente personal, sino social, en el proceso de la producción. El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos, y aun cabría decir que, en rigor, esta cooperación abarca la actividad común de todos los individuos de la sociedad.

El capital no es, pues, un patrimonio personal, sino una potencia social.

Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de clase.

Hablemos ahora del trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario; es decir, la suma de víveres necesaria para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. Nosotros no aspiramos en modo alguno a destruir este régimen de apropiación personal de los productos de un trabajo encaminado a crear medios de vida: régimen de apropiación que no deja, como vemos, el menor margen de rendimiento líquido y, con él, la posibilidad de ejercer influencia sobre los demás hombres. A lo que aspiramos es a destruir el carácter oprobioso de este régimen de apropiación, en que el obrero sólo vive para multiplicar el capital, en que vive tan sólo en la medida

en que el interés de la clase dominante aconseja que viva.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo del hombre no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado será, por el contrario, un simple medio para dilatar, fomentar y enriquecer la vida del obrero.

En la sociedad burguesa es, pues, el pasado el que impera sobre el presente; en la comunista, imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa, se reserva al capital toda personalidad e iniciativa; el individuo trabajador carece de iniciativa y personalidad.

¡Y a la abolición de estas contradicciones llama la burguesía abolición de la personalidad y la libertad! Y sin embargo, tiene razón. Aspiramos, en efecto, a ver abolidas la personalidad, la independencia y la libertad burguesa.

Por libertad se entiende, dentro del régimen burgués de la producción, el libre cambio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecido el tráfico, desaparecerá también, forzosamente, el libre tráfico. La apología del libre tráfico, como en general todos los ditirambos a la libertad que entona nuestra burguesía, sólo tienen sentido y razón de ser en cuanto significan la emancipación de las trebas y la servidumbre de la Edad Media, pero palidecen ante la abolición comunista del tráfico, de las condiciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os aterráis de que queramos abolir la propiedad privada, ¡como si ya en el seno de vuestra sociedad actual la propiedad privada no estuviese abolida para nueve décimas partes de la población; como si no existiese precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes! ¿Qué es, pues, lo que en rigor nos reprocháis? Querer destruir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición el despojo de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, para decirlo de una vez, el querer abolir vuestra propiedad. Pues, sí; a eso es a lo que aspiramos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo no pueda convertirse ya en capital, en dinero, en renta, en un poder social monopolizable; desde el momento en que la propiedad personal no pueda ya trocarse en propiedad burguesa, la persona no existe.

Con eso, confesáis que, para vosotros, no hay más personas que el burgués, el capitalista. Pues bien, la personalidad así concebida es la que nosotros aspiramos a destruir.

El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales; lo único que no admite es el poder de usurpar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se arguye que, abolida la propiedad privada, cesará toda actividad y reinará la indolencia universal.

Si esto fuese verdad, ya hace mucho tiempo que se habría estrellado contra el escollo de la holganza una sociedad como la burguesa, en que los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Vuestra objeción viene a reducirse, en fin de cuentas, a una verdad que no necesita de demostración,

y es que, al desaparecer el capital, desaparecerá también el trabajo asalariado.

Las objeciones formuladas contra el régimen comunista de apropiación y producción material hácese extensivas a la producción y apropiación de los productos espirituales. Y así como el destruir la propiedad de clases equivale, para el burgués, a destruir la producción, el destruir la cultura de clase es, para él, sinónimo de destruir la cultura en general.

Esa cultura cuya pérdida tanto deplora es la que convierte en una máquina a la inmensa mayoría de la sociedad.

Al discutir con nosotros y criticar la abolición de la propiedad burguesa partiendo de vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etc., no os dais cuenta de que esas mismas ideas son otros tantos productos del régimen burgués de propiedad y de producción, del mismo modo que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase elevada a ley: una voluntad que tiene su contenido y encarnación en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Comparéis con todas las clases dominantes que han existido y perecieron la idea interesada que vuestro régimen de producción y de propiedad, obra de condiciones históricas que desaparecen en el transcurso de la producción, descansa sobre leyes naturales eternas y sobre los dictados de la razón. Os explicáis que haya perecido la propiedad antigua, os explicáis que pereciera la propiedad feudal; lo que no podéis explicaros es que perezca la propiedad burguesa, vuestra propiedad.

¡Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones satánicas de los comunistas, hasta los más radicales gritan escándalo.

Pero vemos, ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra; y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la pública prostitución.

Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otra dejen de existir al dejar de existir el capital, que le sirve de base.

¿Nos reprocháis acaso que aspiramos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos.

Pero es, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social.

¿Acaso vuestra propia educación no está también influida por la sociedad, por las condiciones sociales en que se desarrolla, por la intromisión más o menos directa en ella de la sociedad a través de la escuela, etc.? No son precisamente los comunistas los que inventan esa intromisión de la sociedad en la educación; lo que ellos hacen es modificar el carácter que hoy tiene, y substraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Esos tópicos burgueses de la familia y la educación, de intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.

(Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro la burguesía entera, pretendéis colectivizar a las mujeres!)

El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer.

No advierte que de lo que se trata es precisamente de acabar con la situación de la mujer, como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que esos alaridos de indignación, henchida de alta moral, de nuestros burgueses, al hablar de la tan cacareada colectivización de las mujeres por el comunismo. No; los comunistas no tienen que molestarse en implantar lo que ha existido siempre o casi siempre en la sociedad.

Nuestros burgueses, no bastándoles por lo visto, con tener a su disposición a las mujeres y a los hijos de sus proletarios —¡y no hablemos de la prostitución oficial!— sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir a este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer. Por lo demás, fácil es comprender que, al abolirse el régimen actual de producción, desaparecerá con él el sistema de comunidad de la mujer que engendra, y que se refugia en la prostitución, en la oficial y en la encubierta.

A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del Poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el libre-cambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales.

El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación.

En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación, se horrorará la hostilidad de las naciones entre sí.

No queremos entrar a analizar las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso, filosófico e ideológico en general.

No hace falta ser un lince para ver que, al cambiar las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia, en una palabra.

La historia de las ideas es una prueba palmaria de cómo cambia y se transforma la producción espiritual con la material. Las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase imperante (1).

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello, no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno de la sociedad antigua han germinado ya los elementos para la nueva, y a la par que se esfuman o derrumban las antiguas condiciones de vida, se derrumban y esfuman las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las religiones antiguas fueron vencidas y suplantadas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante el racionalismo, la sociedad feudal pugnaba desesperadamente, haciendo un último esfuerzo, con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el triunfo de la libre concurrencia en el mundo ideológico.

Se nos dirá que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., aunque sufran alteraciones a lo largo de la historia, llevan siempre un fondo de perennidad, y que por debajo de esos cambios siempre ha habido una religión, una moral, una filosofía, una política, un derecho.

Además, se seguirá arguyendo, existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades y a todas las etapas de progreso de la sociedad. Pues bien; el comunismo —continúa el argumento— viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; viene a interrumpir violentamente todo el desarrollo histórico anterior.

Veamos a qué queda reducida esta acusación. Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; nada tiene, pues, de extraño que se vea obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales.

Pero no queremos detenernos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la re-

(1) En el fragmento que se conserva de la "Ideología alemana", obra redactada por Marx y Engels en 1845, encontramos mantenida esta tesis: "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas, las ideas dominantes, es decir, que la clase que forma el poder "material" dominante en la sociedad, forma también su poder dominante "espiritual..."

volución obrera será la exaltación del proletariado al Poder, la conquista de la democracia (1).

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción, por medio de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento serán un gran resorte propulsor y de las que no puede prescindirse como medio para transformar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente, en todos los países.

Para los más progresivos, mencionaremos unas cuantas, susceptibles, sin duda, de ser aplicadas con carácter más o menos general, según los casos (2).

1ª Expropiación de la propiedad inmueble y aplicación de la renta del suelo a los gastos públicos.

2ª Fuerte impuesto progresivo.

3ª Abolición del derecho de herencia.

4ª Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.

5ª Centralización del crédito en el Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

6ª Nacionalización de los transportes.

7ª Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo.

8ª Proclamación del deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo.

9ª Articulación de las explotaciones agrícolas e industriales; tendencia a ir borrando gradualmente las diferencias entre el campo y la ciudad.

10ª Educación pública y gratuita de todos los niños. Prohibición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc.

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de la sociedad, el Estado perderá todo carácter político. El Poder político no es, un rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la evolución le lleva al Poder; mas tan pronto como desde él, como clase gobernante, derribe por la fuerza el régimen vigente de producción, con éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de cla-

(1) "La democracia es hoy el comunismo", dice Engels en 1945. Y en una carta a Marx, fechada en 1846 habla de la "revolución democrática violenta". La "Nueva Gaceta del Rin", dirigida por Marx (1848), se titulaba también "órgano de la democracia".

(2) Compárense estas diez medidas con las doce propuestas por Engels en sus "Principios de Comunismo" (V. "infra". Apéndice), con los diez y siete puntos mantenidos por la Liga Comunista en la revolución del 48 (V. "infra". Apéndice).

ses, las clases mismas, y por tanto, su propia soberanía como tal clase.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada una condicione el libre desarrollo de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. El socialismo reaccionario, o El socialismo feudal.

La aristocracia francesa e inglesa, que no se resignaba a abandonar su puesto histórico, se dedicó, cuando ya no pudo hacer otra cosa, a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, volvió a sucumbir, arrollada por el odiado intruso. Y no pudiendo dar ya ninguna batalla política seria, no le quedaba más arma que la pluma. Mas también en la palestra literaria habían cambiado los tiempos; ya no era posible seguir empleando el lenguaje de la época de la Restauración. Para ganarse simpatías, la aristocracia hubo de olvidar aparentemente sus intereses y acusar a la burguesía, sin tener presente más interés que el de la clase obrera explotada. De este modo, se daba el gusto de provocar a su adversario y vencedor con amenazas y de musitarle al oído profecías más o menos catastróficas.

Nació así el socialismo feudal, una mezcla de lamento, eco del pasado y rumor sordo del porvenir; un socialismo que de vez en cuando asustaba a la burguesía un golpe en medio del corazón con sus juicios sardónicos y acerados, pero que casi siempre movía a risa por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia moderna.

Con el fin de atraer hacia sí al pueblo, tremolaba el saco del mendigo proletario por bandera. Pero, cuantas veces los seguía, el pueblo veía brillar en las espaldas de los caudillos las viejas armas feudales y se dispersaba con una risotada nada contenida y bastante irrespetuosa.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra fueron los más perfectos organizadores de este espectáculo.

Esos señores feudales, que tanto insisten en demostrar que sus modos de explotación no se parecían en nada a los de la burguesía, se olvidan de una cosa, y es de que las circunstancias y condiciones en que ellos llevaban a cabo su explotación han desaparecido. Y, al enorgullecerse de que bajo su régimen no existía el moderno proletariado, no advierten que esta burguesía moderna de que tanto abominan es un producto históricamente necesario de su orden social.

Por lo demás, no se molestan gran cosa de descubrir el sello reaccionario de sus destinos, y así se explica que su más rabiosa acusación contra la burguesía sea precisamente el crear y fomentar bajo su régimen una clase que está llamada a deruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía no es el engendrar un proletariado, sino el engendrar un proletariado revolucionario.

Por eso en la práctica están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones

contra la clase obrera, y en la prosaica realidad se resignan, pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos, por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente.

Como los curas van siempre del brazo de los señores feudales, no es extraño que con este socialismo feudalista venga a confluir el socialismo clerical.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un barniz socialista. ¿No combatió también el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No predicó frente a las instituciones la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es el hisopazo con que el clérigo bendice el despecho del aristócrata.

b) El socialismo pequeñoburgués.

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía, la única clase cuyas condiciones de vida ha venido a oprimir y matar la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y los pequeños labriegos fueron los precursores de la moderna burguesía. Y en los países en que la industria y el comercio no han alcanzado un nivel suficiente de desarrollo, esta clase sigue vegetando al lado de la burguesía ascensional.

En aquellos otros países en que la civilización moderna alcanza un cierto grado de progreso, ha venido a formarse una nueva clase pequeñoburguesa que flota entre la burguesía y el proletariado y que, si bien gira constantemente en torno a la sociedad burguesa como satélite suyo, no hace más que brindar nuevos elementos al proletariado, precipitados a éste por la concurrencia; al desarrollarse la gran industria, llega a un momento en que esta parte de la sociedad moderna pierde su sustantividad y se ve suplantada en el comercio, en la manufactura, en la agricultura, por los capataces y los domésticos.

En países como Francia, en que la clase labradora representa mucho más de la mitad de la población, era natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, tomasen por norma para criticar el régimen burgués los intereses de los pequeños burgueses y los campesinos, simpatizando por la causa obrera, con el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Su representante más caracterizado, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo ha analizado con una gran agudeza las contradicciones del moderno régimen de producción. Ha desenmascarado las argucias hipócritas con que pretenden justificarlas los economistas. Ha puesto de relieve de modo irrefutable los efectos aniquiladores del maquinismo y la división del trabajo, la concentración de los capitales y la propiedad inmueble, la superproducción, las crisis, la inevitable desaparición de los pequeños burgueses y labriegos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las desigualdades irritantes que claman en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial de unas naciones contra otras, la disolución de las costumbres antiguas, de la familia tradicional, de las viejas nacionalidades.

Pero, en lo que atañe ya a sus fórmulas positivas, este socialismo no tiene más aspiración que restaurar los antiguos medios de producción y de cambio,

y con ellos el régimen tradicional de la propiedad y la sociedad tradicional cuando no pretende volver a encajar por la fuerza los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco del régimen de propiedad que hicieron y forzosamente tenían que hacer saltar. En uno y otro caso, peca, a la par, de reaccionario y de utópico.

En la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal: he ahí sus dos magnas aspiraciones.

Hoy, esta corriente socialista ha venido a caer en una cobarde modorra.

c) El socialismo alemán o "verdadero" socialismo.

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía gobernante y expresión literaria de la lucha librada contra su avasallamiento, fué importada en Alemania en el mismo instante en que la burguesía empezaba a sacudir el yugo del absolutismo feudal.

Los filósofos, seudofilósofos y grandes ingenios del país se asimilaban codiciosamente aquella literatura, pero olvidando que con las doctrinas no habían pasado la frontera también las condiciones sociales a que respondían. Al enfrentarse con la situación alemana, la literatura socialista francesa perdió toda su importancia práctica directa, para asumir una fisonomía puramente literaria y convertirse en una ociosa especulación acerca del espíritu humano y de sus proyecciones sobre la realidad. Y así, mientras que los postulados de la primera revolución francesa eran, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, los postulados de la "razón práctica" en general, las aspiraciones de la burguesía francesa revolucionaria representaban, a sus ojos, las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de una voluntad verdaderamente humana.

La única preocupación de los literatos alemanes era armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, por mejor decir, asimilarse desde su punto de vista filosófico aquellas ideas.

Esta asimilación se llevó a cabo por el mismo procedimiento con que se asimila uno una lengua extranjera: traduciéndola.

Todo el mundo sabe que los monjes medievales se dedicaban a recamar los manuscritos que atesoraban las obras clásicas del paganismo con todo género de insubstanciales historias de santos de la iglesia católica. Los literatos alemanes procedieron con la literatura francesa profana de un modo inverso. Lo que hicieron fué empalmar sus absurdos filosóficos a los originales franceses. Y así, donde el original desarrollaba la crítica del dinero, ellos pusieron: "expropiación del ser humano"; donde se criticaba el Estado burgués: "abolición del imperio de lo general abstracto"; y así por el estilo.

Esta interpolación de locuciones y galimatías filosóficas en las doctrinas francesas, fué bautizada con los nombres de "filosofía del hecho" (1), "verdadero socialismo", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", y otros semejantes.

De este modo, la literatura socialista y comunista

(1) Título de un artículo publicado por Moses Hess en 1843 (en Herweghs, "21 Bogen aus der Schweiz").

francesa perdía toda su virilidad. Y como, en manos de los alemanes, no expresaba ya la lucha de una clase contra otra clase, el profesor germano hacía la ilusión de haber superado el "parcialismo francés"; a falta de verdaderas necesidades pregonaba la de la verdad, y a falta de los intereses del proletariado mantenía los intereses del ser humano, del hombre en general, de ese hombre que no reconoce clases, que ha dejado de vivir en la realidad para transportarse al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que tomaba tan en serio sus desmañados ejercicios escolares y que tanto y tan solemnemente trompetaba, fué perdiendo poco a poco su pedantesca inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la prusiana, contra el régimen feudal y la monarquía absoluta, el movimiento liberal fué tomando un cariz más serio.

Esto deparaba al "verdadero" socialismo la ocasión apetecida para oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, para fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgués, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada, y sí perdiendo mucho. El socialismo alemán cuidábase de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de que no era más que un eco sin vida, suponía la existencia de la sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, supuestos previos ambos en torno a los cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.

Este "verdadero" socialismo les venía al dedillo a los Gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalguelos raídos y cagatintas, pues serviales de espontáneos contra la amenazadora burguesía. Era una especie de mellifluido complemento a los feroces latigazos y a las balas de fusil con que esos Gobiernos recibían los levantamientos obreros.

Pero el "verdadero" socialismo, además de ser, como vemos, un arma en manos de los Gobiernos contra la burguesía alemana, encarnaba de una manera directa un interés reaccionario, el interés de la baja burguesía del país. La pequeña burguesía, heredada del siglo XVI y que desde entonces no había cesado de aflorar bajo diversas formas y modalidades, constituye en Alemania la verdadera base social del orden vigente.

Conservar esta clase es conservar el orden social imperante. Del predominio industrial y político de la burguesía teme la ruina segura, tanto por la concentración de capitales que ello significa, como porque entraña la formación de un proletariado revolucionario. El "verdadero" socialismo venía a cortar de un tije-retazo —así se lo imaginaba ella— las dos alas de este peligro. Por eso se extendió por todo el país como una verdadera epidemia.

El ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían el puñado de huesos de sus "verdades eternas", un ropaje tejido con hebras especulativas, bordado con las flores retóricas de su ingenio, empapado de nieblas melancólicas y románticas, hacía todavía más gustosa la mercancía para ese público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendía

más claramente cada vez que su misión era la de ser el alto representante y abanderado de esa baja burguesía.

Proclamó a la nación alemana como nación modelo y al súbdito alemán como el tipo ejemplar de hombre. Dió a todos sus servilismos y vilezas un hondo y oculto sentido socialista, tornándolos en lo contrario de lo que en realidad eran. Y al alzarse furiosamente contra las tendencias "bárbaras y destructivas" del comunismo, subrayando como contraste la imparcialidad sublime de sus propias doctrinas, ajenas a toda lucha de clases, no hacía más que sacar la última consecuencia lógica de su sistema. Toda la pretendida literatura socialista y comunista que circula por Alemania, con poquísimas excepciones, profesa estas doctrinas repugnantes y castradas (1).

2. El socialismo burgués o conservador

Una parte de la burguesía desea mitigar las injusticias sociales, para de este modo garantizar la perduración de la sociedad burguesa.

Cuéntanse en este bando los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que aspiran a mejorar la situación de las clases obreras, los organizadores de actos de beneficencia, las sociedades protectoras de animales, los promotores de campañas contra el alcoholismo, los predicadores y reformadores sociales de toda laya.

Pero, además, de este socialismo burgués han salido verdaderos sistemas doctrinales. Sirva de ejemplo la "Filosofía de la Miseria" de Proudhon.

Los burgueses socialistas considerarían ideales las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que encierran. Su ideal es la sociedad existente, depurada de los elementos que la corrompen y revolucionan. La burguesía sin el proletariado. Es natural que la burguesía se represente el mundo en que gobierna como el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués eleva esta idea consoladora a sistema o semisistema. Y al invitar al proletariado a que lo realice, tomando posesión de la nueva Jerusalén, lo que en realidad exige de él es que se avenga para siempre al actual sistema de sociedad, pero desterrando la deplorable idea que de él se forma.

Una segunda modalidad, aunque menos sistemática bastante más práctica, de socialismo, pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales, económicas, de su vida. Claro está que este socialismo se cuida de no incluir entre los cambios que afectan a las "condiciones materiales de vida" la abolición del régimen burgués de producción, que sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria; sus aspiraciones se contraen a esas reformas administrativas que son conciliables con el actual régimen de producción y que, por tanto, no tocan para nada a las relaciones entre el capital y el

(1) La tormenta revolucionaria de 1848 barrió a toda esa escuela apolillada y quitó a sus personajes las ganas de seguir jugando con el socialismo. Representante principal y tipo clásico de la tal escuela es Carlos Grün. (F. E.)

trabajo asalariado, sirviendo sólo —en el mejor de los casos— para abaratar a la burguesía las costas de su reinado y sanearle el presupuesto.

Este socialismo burgués a que nos referimos sólo encuentra expresión adecuada allí donde se convierte en mera figura retórica.

¡Pedimos el libre cambio en interés de la clase obrera! ¡En interés de la clase obrera, pedimos aranceles protectores! ¡Pedimos prisiones celulares en interés de la clase trabajadora! Hemos dado, por fin, con la suprema y única seria aspiración del socialismo burgués.

Todo el socialismo de la burguesía se reduce, en efecto, a una tesis, y es que los burgueses lo son y deben seguirlo siendo... en interés de la clase trabajadora.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico

No queremos referirnos aquí a las doctrinas que en todas las grandes revoluciones modernas abrazan las aspiraciones del proletariado (obras de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas del proletariado para ahondar directamente en sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudalista, tenían que tropezar necesariamente con la falta de desarrollo del propio proletariado, de una parte, y de otra con la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que guía estos primeros pasos vacilantes del proletariado es, y necesariamente tenía que serlo, juzgada por su contenido, reaccionario. Estas doctrinas profesan un ascetismo universal y un torpe y vago igualitarismo.

Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., brotan en la primera fase embrionaria de las luchas entre el proletariado y la burguesía, tal como más arriba la dejamos esbozada (V. el cap. "Burgueses y proletarios").

Cierto es que los autores de estos sistemas penetran ya en el antagonismo de las clases y en la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver en el proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.

Y como el antagonismo de clase desarrolla siempre a la par con la industria, se encuentran con que les faltan las condiciones materiales para la emancipación del proletariado, y es en vano que se debaten por crearlas mediante una ciencia social y a fuerza de leyes sociales. Esos autores pretenden sustituir la acción social por su acción personal especulativa, las condiciones históricas que han de determinar la emancipación proletaria por condiciones fantásticas que ellos mismos se forjan, la gradual organización del proletariado como clase por una organización de la sociedad inventada a su antojo. Para ello, el curso universal de la historia que ha de avenir se cifra en la propaganda y práctica ejecución de sus planes sociales.

Es cierto que en esos planes tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase trabajadora, pero sólo porque la consideran la clase más sufrida. Es la única función en que existe para ellos el proletariado.

La forma embrionaria que todavía presenta la lucha de clases y las condiciones en que se desarrolla la vida de estos autores hace que se consideren ajenos a esa lucha de clases y como situados en un plano muy superior. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso los mejor acomodados. De aquí que no cesen de apelar a la sociedad entera sin distinción, cuando no se dirigen con preferencia a la propia clase gobernante. Abogan la seguridad que basta conocer su sistema para acatarlo como el plan más perfecto para la mejor de las sociedades posibles.

Por eso rechazan todo lo que sea acción política y muy especialmente la revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre.

Estas descripciones fantásticas de la sociedad del mañana brotan en una época en que el proletariado no ha alcanzado aún la madurez, en que por tanto se forja todavía una serie de ideas fantásticas acerca de su destino y posición, dejándose llevar por los primeros impulsos, puramente intuitivos, de transformar radicalmente la sociedad.

Y, sin embargo, en estas obras socialistas y comunistas hay ya un principio de crítica, puesto que atacan las bases todas de la sociedad existente. Por eso han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia de la clase trabajadora. Mas, fuera de esto, sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predicaban, por ejemplo, que en ella se borrarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de la propiedad privada, del trabajo asalariado, el triunfo de la armonía social, la transformación del Estado en un simple organismo administrativo de la producción... giran todas en torno a la desaparición de la lucha de clases; de esa lucha de clases que empieza a dibujarse y que ellos apenas si conocen, en su primera e informe vaguedad. Por eso todas sus doctrinas y aspiraciones tienen un carácter puramente utópico.

La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia práctica y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fe fantástica en su supresión. Por eso, aunque algunos de los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos respectos verdaderos revolucionarios, sus discípulos forman hoy día sectas indiscutiblemente reaccionarias, que tremolan y mantienen impertérritos las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derrotados históricos del proletariado. Son, pues, consecuentes cuando pugnan por mitigar la lucha de clases y por conciliar lo inconciliable. Y siguen soñando con realizar experimentalmente sus utopías sociales, siguen soñando con la fundación de falansterios, con la colonización interior, con la creación de una pequeña Icaria, edición en miniatura de la nueva Jerusalén...

(1). Y para levantar todos esos castillos en el aire no tienen más remedio que apelar a la filantrópica generosidad de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco, van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores, de los cuales sólo se distinguen por su sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en las milagrerías de su ciencia social.

He ahí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, lo bastante ciego para no creer en el nuevo evangelio que ellos le predicán.

En Inglaterra los owenistas se alzan contra los "cartistas", y en Francia los reformistas tienen en frente a los discípulos de Fourier.

IV

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICION

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los "cartistas" ingleses y con los reformadores agrarios de Norteamérica.

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia, se alían al partido democrático-socialista (2) contra la burguesía conservadora y radical, más sin renunciar por esto a su derecho de crítica frente a los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza, apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido es una mezcla de elementos contradictorios, de demócratas socialistas, a la manera francesa, y de burgueses radicales.

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

(1) "Colonias interiores" es el nombre que da Owen a sus sociedades comunistas modelos. "Falansterios" el título con que bautiza Fourier a sus proyectados palacios sociales, "Icaria" se llamaba el país utópico, imaginario, cuyas instituciones comunistas pintaba Cabet (F. E.)

(2) Era el partido que representaba en política Ledru-Rollin y que tenía por exponente literario a Luis Blanc; entre él y la actual socialdemocracia media, pues, un abismo de diferencia. (F. E.). Téngase en cuenta que Engels, de quien es esta nota, murió en 1895.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes estén prestos a volver contra la burguesía como otras tantas armas esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el prelude inmediato de una revolución proletaria.

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos, ponen de relieve el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que revista, como la cuestión fundamental que se ventila.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblan, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos! (1).

(1) El núm. 1 de la "Revista Comunista", editado en septiembre de 1847 por el Comité Central de la Liga Comunista llevaba ya a la cabeza, como lema, estas palabras (V. Engels, "Principios de Comunismo", "infra", Apéndice). En el "Testamento" del cura Meslier (1664-1733), socialrevolucionario, francés, aparecen esta palabras: "Unissez-vous donc, peuples".

Precio: \$ 7.-